



# LOS ARREGLOS

MARINA YUSZCZUK

ROSA ICEBERG



Marina Yuszczuk

# Los arreglos

ROSA ICEBERG

# ÍNDICE

[Cubierta](#)

[Portada](#)

[Los arreglos](#)

[Cazador](#)

[La medianera](#)

[En venta](#)

[Asado](#)

[No sabés lo que me estás haciendo](#)

[La vida de los otros](#)

[La calma](#)

[Alemania](#)

[La rosa de las nieves](#)

[Biografía](#)

[Legales](#)

## LOS ARREGLOS

La vida familiar y la vida doméstica te pueden arruinar como un pulmón demasiado cargado de nicotina durante mucho tiempo. O como un piso de madera que se pudre lentamente, conquistado por la humedad, aunque desde arriba la madera esté plastificada y brille. Yo conocí personas a las que la vida familiar las arruinó de esa manera, que siguen siendo personas alrededor del agujero que les fue cavando la amargura.

Este es un libro escrito en el mismísimo momento en que la vida familiar puede hacerme más fuerte o arruinarme; yo era de una determinada forma, pero no sabía que esa forma dependía estrictamente de vivir en condiciones específicas, como una planta que crece cuando la proporción de luz y de agua es la correcta. O quizás no correcta, sino la que produce esa y no otra planta. Muchas personas se niegan a tener una familia, envejecen solas y los demás las compadecen; en una de esas son las únicas que saben lo vital que les resulta esa soledad, lo imposible que sería conquistar cada pedacito de tiempo y espacio para sí mismas como quien estira una masa demasiado chica en un molde gigante: la masa se llena de agujeros.

Lo sé por una cosa que me pasó muchas veces cuando era chica. Como a la mayoría de las nenas, a veces me gustaba hacer repostería y mi receta preferida era la versión del lemon pie que venía en la caja de Maizena. La Maizena siempre fue para mí algo idealizado, mucho más que la harina, un ingrediente especial usado sólo para ciertas preparaciones que me encantaban como las tapas de los alfajores, con una caja hermosa, amarilla. Una vez esa caja trajo de regalo un libro de recetas tan finito como una revista. Todas las recetas estaban ilustradas paso a paso y a todas las quise probar, aunque me quedé en lo dulce.

Lo que me pasó con la receta del lemon pie —y después se repitió con cuanta versión probé en lugar de esa— fue que la masa preparada con las cantidades indicadas nunca alcanzaba para forrar la tartera. Nunca. Uno se puede equivocar en una masa, en dos, en tres, pero era misterioso cómo esa receta, que parecía venir de un país liliputiense de tarteras chiquitas, se convertía en mis manos en una bola despreciable que, o bien estiraba casi hasta que quedaba transparente y se rompía por completo al desmoldarla, o bien no llegaba ni a los bordes del molde y se volvía una galleta inútil, incapaz de contener la crema de limón y el merengue que eran toda la razón de su existencia. Me sentía una gigante deforme con mi masa escasa.

Cuando la maduración natural me convirtió en una persona con algo más de criterio descubrí la verdad: mi mamá era de esas personas a las que les parece que las cosas se pueden hacer tanto de una como de otra manera. Mil veces la vi reemplazar un ingrediente por otro a su necesidad o antojo y arruinar una comida, aunque de vez en cuando, como todos, la pegaba. Manteca por aceite, harina por maicena o por harina de cualquier otro tipo, azúcar por miel, huevos por gelatina sin sabor, chocolate por algarroba: lo que fuera. Y con la misma lógica siempre preparó las tartas en las pizzeras, porque en casa había varias y en cambio tartera no tuvimos nunca.

A la masa de tarta comprada había que estirla hasta dejarla finita como una hoja pero mal que mal alcanzaba; con la masa de tarta que preparábamos nosotras, en cambio, no había manera. A nadie se le ocurrió preparar el doble de masa o buscar otro molde, así de terco como suena. Y yo sufría. Igual hacía lemon pie, pero debía agregar otro tanto de masa sobre la marcha y era mortificante; cuando ya estaba saboreando el logro de haber hecho una masa más o menos buena (siempre me comía un poco), tenía que empezar de nuevo y hacer otra tanda. Así que la masa no se puede estirar indefinidamente y una pizzera no puede ser una tartera, y el tiempo y el espacio en la vida familiar son como una masa que no se puede estirar

indefinidamente y alcanzar para todos. Por eso ahora estoy medio arruinada.

También pasó que se rompió el piso. Cuando compramos la casa estaba levemente hundido en el paso del living a la cocina, no se notaba tanto a la vista pero se sentía al pisarlo. “Levemente hundido”, creo que así lo redacté para que lo pusiera la escribana en el contrato de compraventa, y ahora me da risa la suavidad literaria y la ignorancia de mi “levemente”. Por supuesto pensé que se podría arreglar ese hundimiento puntual, quizás apuntalando desde abajo las tablitas, hasta que me metí en un blog donde un tal Alberto, experto en pisos y heredero del negocio del padre, explica la estructura y los problemas más generales de los pisos de pinotea, montados sobre tirantes y columnas que dejan un espacio entre la carpeta y el piso de madera denominado “cámara de aire”.

Las casas son más complicadas que las familias y la masa sablé. La nuestra tiene humedad en los cimientos, y esa cámara de aire que debería permitir la ventilación de la humedad y preservar la madera debe estar bloqueada. O al menos eso dijo Alberto, que vino a casa una tarde calurosa con un vaquero negro, una chomba roja metida adentro del pantalón y mocasines, y zapateó por todas las habitaciones para comprobar el estado de los pisos. Después sacó un aparatito con un puntero láser y lo usó para medir las piezas. Otra cosa que hizo fue buscar las rejillas de ventilación, que comunican esa cámara de aire con la parte superior de la casa: solamente una de dos funcionaba y a la tercera, que debía estar en el frente, la habían clausurado.

La conclusión es que nuestra casa está montada sobre una especie de hueco oscurísimo y lleno de humedad donde además debe haber toneladas de bichos, porque esa clausura favorece que aparezcan montículos de hormigas, cucarachas, gusanos. Esa noche después de la consulta con Alberto me acosté en la cama y en la oscuridad, pensé en las corridas de las cucarachas bajo el piso. Me imaginé el arrastrarse de alimañas nuevas y

deformes, bichos que crecen y pululan en la oscuridad y que desconocemos porque su vida depende de que nunca salgan a la luz, como esos peces prehistóricos de los abismos que llevan una lámpara en punta sobre la cabeza y tienen dientes desparejos como espinas, desparramados, que ni siquiera les entran en la boca.

Ahora estoy un poco obsesionada con ese agujero donde las maderas se pudren y el olor debe ser rancio, a destrucción, a viejo. En la segunda casa en que viví, los pisos de los dormitorios también eran de pinotea y escondían dos sótanos. El que estaba debajo de la pieza que yo compartía con mis hermanos era poco profundo, se usaba para guardar cosas en desuso como cajas de azulejos, latas de pintura. Del otro sótano me acuerdo mejor, porque la entrada era una abertura de madera cuadrada que estaba justo abajo de la cama de mis padres y había una escalera para bajar hasta el fondo. En ese sótano entraba una persona parada y en el interior la oscuridad era completa, por eso la linterna ocasional dejaba ver algunas cosas y ocultaba otras. Una especie de estantería que lo recorría todo alrededor era apenas un hueco cavado a la altura de los ojos de una persona, no sé de qué profundidad porque no se le veía el fondo y como yo era chica no alcanzaba a tocarlo. Ahí mi abuela guardaba las botellas de vino patero que preparaba con las uvas de la parra, y en el fondo del sótano se amontonaban cosas viejas como las carpetas y cuadernos de escuela de mi mamá, que con el tiempo se pudrieron. Todo agarraba humedad y era horrible, un sótano frío con olor a sótano. Hay cosas que no deben tener agujeros, o lugares donde no tiene que haber agujeros, tan húmedos y oscuros.

Las películas de terror dicen todas las verdades que se pueden decir sobre las casas, sus peligros: sótanos y altillos, puertas que rechinan, lámparas que se apagan solas, cañerías que hacen ruido o largan cosas que no deberían largar, como estas de la casa nueva-vieja que de vez en cuando escupen óxido. Además, al abrir las canillas demora un par de segundos en

salir el agua, si uno presta atención se escucha un ruido como de aire que pasa. Un pequeño borboteo. Si un plomero leyera lo que escribo seguramente podría dar algún diagnóstico pero para mí, estas cosas no son más que misterios.

Soy ambiciosa y escribo cargada de ambición, aunque no lo parezca.

Otro de los personajes de esta historia es un gasista-plomero, uno de los muchos que consultamos. Tenía más o menos mi edad, estaba en camino de ser pelado y llegó con unos pantalones de gimnasia y una chomba que por tener unos diez centímetros de menos le dejaba ver la panza. Se metió en nuestra casa como una aplanadora para decidir con apenas mirarla que todas nuestras instalaciones estaban caducas por tratarse de una casa antigua, y que era necesario cambiar todo (me pregunto si eso se considera arreglar algo). Las cañerías por unas nuevas, el calefón por un termotanque de ciento veinte litros que pondría en el patio, los picos de gas, los azulejos. Y después, cuando ya casi no lo escuchábamos por hacer cálculos mentales de cuánto nos saldría la casa nueva que él iba construyendo en el aire para nosotros sin que se lo hubiéramos pedido, hizo unas sugerencias con respecto al techo vidriado del patio cubierto de las que sólo nos quedó grabada la palabra “claraboya”.

No queríamos ninguna claraboya, le cerramos la puerta y no volvimos a llamarlo nunca. Empezamos a desconfiar de todos, ya no podíamos distinguir qué era verdad y qué mentira ni teníamos razones fuertes para creerle a un plomero, albañil o gasista más que a otro. La cuestión es que la cañería está estropeada y nos cortaron el gas. Para bañarnos debemos calentar la pava en el anafe eléctrico y mezclarla en un balde con agua más fría que después nos echamos encima con un jarrito, y el piso de nuestra casa se pudre lentamente. Además, cada tormenta nos preocupa como una amenaza nueva porque el techo vidriado del patio cubierto está rajado, y gotea. Solamente porque el vidrio es armado no se cae encima de nuestras cabezas. Los chorros de varios tamaños caen sobre el piso y la pared, de la

que ya se están desprendiendo capas de pintura y revoque. Además, los techos están empezando a tener hongos porque —siempre según Alberto— la humedad de los ambientes, que viene de los cimientos, afecta también al techo, y los azulejos de la cocina se están cayendo solos, el revoque que los sostiene convertido apenas en una arenilla.

Por eso cuando sentimos el olor, y especulamos descontroladamente sobre cuál podía ser el origen de un aroma tan hediondo y nuevo, la pesadilla tomó formas corporales más concretas. Yo imaginé una rata muerta; mi novio pensó en el pis de todo el barrio pudriéndose bajo las baldosas de nuestra casa, caldeado por las temperaturas más o menos altas de diciembre.

Un día aparecieron, entre los canastos de la mudanza, unas cositas negras acompañadas de un pegote que no podía ser otra cosa que pis. El Google Imágenes confirmó mis peores sospechas cuando encontré la misma escena bajo la búsqueda “caca de rata”. Barrer y desinfectar fue poco comparado con lo que teníamos ganas de hacer para recuperar la calma: buscar a la rata y encontrarla, viva o muerta, desechar el cuerpo y asegurarnos de que fuera la única, de que por favor fuera la única. Si no, la pesadilla se multiplicaba y se escurría por los huecos, por debajo de los muebles, por las cañerías.

La montaña de canastos que esperaba su turno para desembalar tuvo que reducirse en una noche de trabajo intenso, horas de silencio en las que separamos los canastos llenos de los vacíos y levantamos todas nuestras cosas, a medida que iban apareciendo en los fondos de mimbre, con la cautela y el asco anticipado de pensar que una rata podía salir de abajo de cualquier objeto, cualquier libro.

La rata no apareció por ningún lado, pero seguimos encontrando esos puñados negros y era mucho peor. Durante dos o tres días nos calmábamos y pensábamos que ya estaba todo terminado, pero después aparecían más entre unas cajas que habían quedado apiladas abajo de la escalera, o en el living atrás de los sillones. Las criaturas habían cruzado el límite del patio

cubierto hacia el living que, ordenado y mudado del todo, ya era parte del territorio civilizado que queríamos empezar a llamar “nuestra casa”.

A la rata no la encontramos nunca. Las semillas oscuras dejaron de aparecer unos días después. Sin embargo el olor no se iba y nos teníamos que conformar con buscar maneras de perfumar la casa, agregarle al olor a podrido algún perfume. Los tablones de pinotea del living, mientras tanto, se pudrían a toda velocidad, y nuestro bebé se entretenía arrancando pedazos de zócalo humedecido. También había adoptado la costumbre de sentarse al lado de la puerta que daba al patio a arrancar los azulejos, que caían sin demasiado esfuerzo.

Educar al bebé para que no terminara de destrozar la casa era inútil, pero todo lo demás que estábamos haciendo era inútil también. Sufrimos mucho. Sucios y acalorados, comiendo siempre los mismos platos que no llevaran horno, hartos de la casa, los plomeros, los gasistas, las ratas, la plata, los vidrios, el policarbonato, las tormentas, la pinotea plastificada y de nosotros mismos, todos los pensamientos de los últimos meses y las decisiones que habíamos tomado se convirtieron en un pegote confuso.

¿Qué nos pasó? Habíamos querido conseguir un lugar que fuera nuestra casa, un lugar bueno que nos permitiera seguir adelante con nuestras vidas olvidándonos de él, habitándolo pero sin percibirlo demasiado, con la atención enfocada en las cosas que realmente nos importaban. Y ahora esta casa se extendía como un monstruo, nos trepaba por el cuerpo y lo ocupaba todo: en lugar de vivir nosotros adentro de la casa, la casa vivía adentro nuestro. Y nosotros también nos estábamos pudriendo.

Hay arreglos pequeños que son amables y hacen sentir que se puede tener el control sobre algo, reparar, salvar de la destrucción lo que ya estaba condenado. Es posible mezclar las mitades del Poxipol y untar el pegamento sobre los bordes de juguetes rotos: así arreglé la cabecita del payaso que está sentado sobre una pequeña locomotora a fricción, una que se sacude para los costados cuando la locomotora avanza. También pegué

los brazos y las piernas de Rambo, el caño de escape de un camión con acoplado que transporta vacas y caballos, la base de otro camión más chico que tiene dibujado en el costado una montaña, un palito que se encaja en una tabla y sirve para encastrar maderas curvadas de distintos colores que puestas todas juntas forman un arcoiris. Puse un parche en el costado de un tentempié, y me quedé varias veces a la noche pegando con cinta transparente las hojas de una colección de libros ilustrados sobre la montaña, el correo, los dinosaurios, el mar, los bomberos, el zoológico.

Todas las hojas de libros que mi bebé arrancó —que fueron pocas, por suerte, y siempre porque estaba enojado conmigo— las guardé con cuidado y en algún momento me senté a pegarlas. Así arreglé el libro de Batman, el de los monstruos y el de *Cosas que flotan*, nuestro preferido de todos los libros. Algunas noches me quedé pegando y reparando después de que los otros se durmieran, y a la mañana aparecían alineados sobre la mesa los chiches con las partes que faltaban. Otros los tuve que coser, o reemplazar los pernos por palitos o pedazos de agujas. Pegarlos y cambiarles las pilas, ordenarlos en sus estantes todas las noches cuando el dueño dormía, poner en el canasto los chiches más grandes y en un baldecito de playa los más chicos, separar los ladrillos de las figuras de animales y los autitos. Cada uno en su caja, cada uno en su estante, cada uno más o menos entero, así quedaron muchas noches los juguetes a la espera de que alguien los volviera a agarrar para jugar con ellos.

Con nosotros no fue tan fácil. La última discusión terminó con mi novio y yo confesando que, cada uno por su lado, habíamos estado mirando departamentos en internet. Los dos queríamos saber si con la plata que nos quedaría de la venta de la casa podríamos comprarnos cada uno un departamento de dos, con suerte tres ambientes, donde vivir con nuestro hijo o recibirlo cuando nos tocara. Un departamento demasiado chico, eso seguro, pero que no tendría un piso de maderas que se están pudriendo ni le faltaría el gas, y no tendría azulejos en la cocina cayéndose a pedazos ni los

caños a la vista ni un techo de vidrios quebrados que amenaza con caérsenos encima. Tendría cerámicos, más comunes seguramente, y menos estilo, pero las paredes enteras y lisas, las cañerías en su lugar y funcionando, la grifería intacta. Puertas que abren y cierran y caben en sus marcos, cielorrasos sin hongos, cocinas que se pueden prender. Es una posibilidad, aunque no sé si se considera un arreglo.

## LA NOCHE

Abrí los ojos como si un segundo antes no los hubiera tenido cerrados. Totalmente despierta, me di vuelta y lo vi.

—Marina.

—¿Qué pasa?

—¿Estás dispuesta a escuchar lo peor?

No me podía dar cuenta si eran las tres o las cinco, si me había acostado unos minutos o varias horas antes. Yo me fui primero a la cama, me acomodé como todas las noches al lado de mi hijo, cuidando de no moverme demasiado. Él se quedó mirando tele.

Ahora parecía estar hablando muy en serio y ese era un tono infrecuente a esas horas de la noche, en las que si nos decíamos algo era circunstancial, referido a la temperatura de la pieza, la hora que cada uno pensaba que era, o alguna tormenta que amenazaba con nuevas goteras en el techo del living.

Me incorporé un poco en la cama con el codo apoyado en el colchón y, no sé por qué, decidí yo también tomármelo en serio. Antes de acostarme, habíamos tenido una discusión breve porque él me estaba por contar algo que había pensado con respecto al futuro, algo que quería para el año siguiente, y yo me distraje leyendo. Se ofendió, no me quiso decir más nada.

Así que lo miré muy seria, tranquila, dispuesta a demostrarle que sí podía bancarme lo peor.

—Mirá, vas a pensar que te estoy diciendo cualquiera pero hace un rato empecé a escuchar voces.

Pausa.

—¿Viste como en las películas, que hablan para atrás? Eran voces así, y yo como que las quería dejar de escuchar y no podía hacer nada, no me

podía mover. Y en una me pude mover y te toqué el brazo, ¿vos sentiste que te toqué?

—No, no sentí nada.

Nunca lo había visto tan asustado. O lo que nunca había visto en él era esta clase nueva de miedo, no al futuro, a no tener plata, a que a nuestro hijo le pasara algo malo, sino a otra cosa que además de miedo le daba vergüenza. Como si me hubiera dicho que tenía herpes o algo así.

Enseguida, algo de ese miedo se trasladó hasta mi lado de la cama. Moví el brazo hacia atrás para tantear el celular que estaba al costado del colchón, lo agarré y miré la hora. Las tres y veinticinco. Daba lo mismo, pero estaba bueno salir de ese intercambio entre los dos, poner la atención en algo más concreto.

—Tuviste una pesadilla —le dije. Traté de sonar certera. Sentí que era lo que tenía que decir.

—¿Te parece?

—Sí, obvio.

—Pero mirá que yo estaba despierto, solo que no me podía mover, era re feo. Estaba como atrapado en mi cuerpo y quería salir pero no podía hacer nada.

Nuestro hijo dormía tranquilo entre los dos, igual que siempre, en el mismo lugar en que se había instalado una ola de miedo, no demasiado grande pero que nos envolvía.

Traté de dejar de mirarlo y pensar, él estaba asustado de verdad y esa cara que nunca le había visto me lo hacía todo más difícil. Desvié la mirada hacia la ventana. La cortina color crema se hinchaba y deshinchaba muy despacio con el viento, por lo menos era algo real, y me di cuenta de que esa convicción de él, tan delirante, era lo que a mí me llenaba de terror. Que la persona que duerme al lado tuyo escuche voces es malísimo, pero que esté segura de que las escucha no es mucho mejor.

Le dije que muchas veces los sueños eran así, que uno estaba seguro de estar despierto y al mismo tiempo no se podía mover porque estaba dormido. Que de vez en cuando me pasaba y mi mente hacía un esfuerzo enorme para sacarme del sueño.

Relajó un poco la expresión. Se quedó pensando.

—¿Pero vos no sentiste que te toqué el brazo?

—No, no lo sentí. Pero en todo caso eso no prueba nada, me podés haber tocado dormido.

—Sí, tenés razón. Flasheé que me había agarrado el Diablo y no me dejaba ir.

—Pero vos no creés en el Diablo.

—Sí, creo.

—¿Pero cómo vas a creer en el Diablo si no creés en Dios?

—Y bueno, pero creo. ¿Qué tiene que ver?

—Y, porque al Diablo lo creó Dios. Era un ángel muy poderoso que en un momento se degradó y se convirtió en el Diablo.

—Ah, ni idea, no sabía.

—Bueno pero ya pasó.

—Sí, igual, ahora que vos me lo decís, sí, me parece que debe haber sido una pesadilla. Aparte porque algunas veces tuve sueños así, que estaba como encerrado en mi cuerpo, como si fuese una burbuja, y no podía salir, y pasaba algo horrible pero yo no podía hacer nada.

—Bueno. ¿Te parece que vas a poder dormir o te da miedo?

Se quedó pensando unos segundos, boca arriba.

—No, todo bien. Voy a dormir.

Me dio la espalda y se acomodó el acolchado por debajo de los brazos. A mí me daba cosa darme vuelta, no sabía por qué pero necesitaba estar presente en ese lado de la cama que ocupaban ellos. Cerré los ojos y traté de dormirme.

Los abrí enseguida. Ese maldito alerta de los ojos abiertos, que no sirve para nada. Traté de pensar que no cambiaba nada si yo abría o cerraba los ojos, pero los dejé abiertos por un rato muy largo. Aldo cambió la respiración, se había dormido.

Me di vuelta, sintiendo como nunca que para dormirse hay que soltar todo, abandonar el control, y yo en ese momento no podía. Menos así, sin ver lo que pasaba a mis espaldas. Me di vuelta otra vez. Todo igual. Aldo pasó a una respiración más pesada y a los pocos minutos se volvió a despertar, me miró, me preguntó: “¿Escuchaste ese ruido?”.

A mí ya se me estaba pasando el primer miedo, quizás por eso esta segunda arremetida me dejó helada.

—No, no escuché. O sea, hay ruidos, todo el tiempo, ¿vos a qué te referís?

—No sé, un ruido. Pero no de acá. Mirá, ¿no es raro que abran la reja a esta hora?

—No, para nada, es viernes, algún vecino que llega de salir.

—Sí, puede ser. Bueno ya fue, que descanses.

Por segunda vez, se dio vuelta y se durmió. Tiene ese don de caer rendido en el sueño que yo no experimenté jamás. Me lleva mucho tiempo volver a dormirme. Además, me estaba haciendo pis, muchísimo.

¿Pero cómo iba a hacer para ir al baño? Ni loca me movía, odio ir al baño de noche cuando estoy asustada porque ir, prender la luz, hacer pis, no me cuesta demasiado, pero apagar la luz del baño y cruzar todo el living de vuelta hasta la cama, a oscuras, sabiendo que el baño y la cocina también oscuros quedan atrás, que no los puedo ver, es algo que me supera.

Y sin embargo, tenía que ir. Hay grados de ganas de hacer pis que se soportan y otros que no, este era un grado insoportable. Además, pensaba que no podía dejarme convencer así, que si Aldo tenía miedo mi deber era compensar eso con un poco de valentía. Que algún día mi hijo iba a tener

pesadillas y yo tendría que permanecer tranquila y consolarlo, ser la cordura de la que él pudiera agarrarse para salir de una sugestión.

Pensé cómo iba a hacer todo, lentamente y sin salir corriendo, porque eso me pone más nerviosa. Pero por esta vez, iba a dejar prendidas las luces del living. Lo que sea que estuviera agazapado ahí, no me iba a encontrar desprevenida. Me levanté de la cama y caminé despacio, salí de la pieza, apreté el interruptor que estaba al lado de la puerta y el living se iluminó. Me hizo bien mirarlo: los sillones, los juguetes, todo como siempre. Era el cuerpo de mi novio ahí en la cama lo que me ataba al miedo.

Llegué al baño, me bajé la ropa y me senté en el inodoro tratando de no pensar que era un agujero negro del que podían salir cosas. Después de tirar el botón —otro ruido que me da pánico cuando estoy así, esa garganta desconocida que se traga todo— me miré al espejo, los ojos fijos adelante. Si los desviaba un poco a la derecha podía ver el espacio que quedaba al otro lado de la cortina de la ducha, pero no me atrevía. Agarré un vaso y me serví agua como quien no quiere la cosa, siempre con la convicción de que si muestro algún tipo de inquietud, salgo corriendo o me pongo a revisar rincones como una loca, estoy perdiendo la batalla contra una fuerza desconocida y en el mismo acto, casi convocándola a la existencia.

Tomé valor para desandar el camino hasta la cama. Apagué la luz del baño y caminé despacio sin darme vuelta. También apagué la del living, ya más tranquila. Cuando volví a la pieza y lo vi a mi novio acostado ahí, al lado de mi hijo, volvió la sugestión. Eran mi familia, dos cuerpos conocidos pero a la vez, en su mente, estaban en otra parte. Quién sabe dónde.

Una noche, cuando mi hijo tenía un año y medio, lo acostamos temprano y nos quedamos conversando en el living. Un par de horas después se despertó, se bajó de la cama y apareció delante nuestro descalzo, llorando con desesperación. Lo agarré a upa y traté de calmarlo, le pregunté si había tenido un sueño feo pero no me escuchaba. Sin parar de llorar, insistía en señalar como un poseso un rincón de la habitación mientras gritaba, con su

pequeño lenguaje recién estrenado, “¡Ahí, ahí!”. Tanto insistió con señalar ese lugar vacío que en un momento empecé a preguntarle si había algo, pensando que tal vez lo que más lo angustiaba era que no le creyéramos. Con él en brazos, empecé a dar vueltas por la casa para distraerlo, pero cada vez me indicaba que volviéramos al living y llorando más fuerte, señalaba al rincón: “¡Ahí, ahí!”.

Ocupé mi lugar en la cama y me tapé con el acolchado, pero enseguida lo corrí un poco para sacar los pies afuera. Hacía una mezcla de frío con calor, de confusión entre tormentas. La noche estaba enrarecida, todo un poco corrido de su lugar. Todos parecíamos distintos.

Miré otra vez la espalda de mi novio, tratando de imaginar cómo sería si se volvía loco y nos mataba. Pensaba también en las películas donde las madres van a buscar a los hijos al infierno, los traen en brazos, desmayados o cubiertos en una baba pegajosa que aglutina a los muertos y los demonios en una misma masa caótica. En cierta forma es lo que hacemos todas las madres: nos convertimos en monstruos que los arrastran directo hacia la luz.

Yo puedo ser valiente cuando sé con qué me enfrento. Quizás en ese tipo de ficciones tener la certeza de que el mal existe, tiene la forma del infierno cristiano y es un lugar del que se vuelve sea la clave para semejantes actos de coraje. Lo que sí, en este cansancio mortal de fin de año, la idea de tener que incorporar ese otro orden a la realidad, de revisarlo todo, me parece agobiante.

Ojalá que el mundo sea este, tenga la forma que yo creo. Este mundo en el que el mal es pelearnos, estar enojados.

Hay toda clase de ruidos a la noche. Una tabla del piso que cruje debajo de la cama, aunque nadie se haya movido. Un repiqueteo más difícil de identificar, que una noche hace muchos años me despertó y me sonó a algo infernal hasta que una cucaracha enorme bajó corriendo desde lo alto de un ropero donde había bolsas con ropa. El flap flap de una polilla contra el

techo de vidrio del patio cubierto, cuando parecen creer que golpeando como locas pueden salir al aire libre. Otros ruidos que no se sabe de dónde vienen, la risa de mi hijo dormido que procede del fondo de algún sueño, la sirena de una ambulancia como amuleto contra todo lo imposible de atribuir.

La vez que alguien escuchó algo y pensó que era tal cosa se convierte rápidamente en una historia. La de las creencias o errores, la de lo que no pasó pero tuvo sus efectos. O la del miedo, al que si las voces que se escuchan son reales o no, le da lo mismo.

## CAZADOR

Esto es Parque Patricios, una mezcla de PH antiguos con chalets de varios pisos, de esos que apretados por el entorno ponen el garaje en el subsuelo y se extienden hacia arriba, forrados de ladrillo a la vista. Acá las casas de cien años tienen un departamento más moderno creciendo en la terraza, con ventanas de aluminio, techo de tejas, paredes de colores. Hay unas pocas manzanas aristocráticas con veredas anchísimas, árboles frondosos que forman una cúpula sobre las calles, y una avenida con comercios que acusaron la colonización de esa especie de pulpo que es Once, con tentáculos que tocan a todos los barrios. Por este lado, avenida Jujuy, tan gris que se define solo por el tránsito. En el medio Caseros, a veces carcelaria o demasiado hospitalaria, a veces tan elegante que parece que se hubiera equivocado de lugar. Por el otro, el barrio derrapa en Pompeya. Pero esta franja llena de parques es el lugar perfecto, cerca y lejos de los vecinos que a veces se amontonan para bajar por Caseros hasta la cancha de Huracán. La mitad de los varones tiene tatuado el globito en la pantorrilla o en un brazo, la mitad de las mujeres lleva nenes a upa y camiseta del club, pero solo cuando hay partido.

Los hombres sí que usan la camiseta como ropa de todos los días, y nunca me di cuenta hasta que alguien me dijo “Mirá”. Entonces vi. No sé en qué momento los varones se pasaron de la remera de algodón o la chomba a la casaca de fútbol, una extensión del deporte a la vida cotidiana que quedó instalada por el uso. Telas brillantes, con tramas porosas, que caen livianas sobre el cuerpo y parecen muy cómodas. Muchos colores fáciles de identificar a la distancia —para el que sabe— como un lenguaje especial que manejan los que se fijan en esas cosas, y al resto no nos dice nada.

Las camisetas se dividen en varias clases: primero las originales, que se pueden comprar en los locales de Nike, Puma o Adidas. Nike tiene la camiseta de Boca y Adidas la de River, es una oposición tan clásica y radical como la de Pepsi y Coca-Cola. La de Independiente es Puma, San Lorenzo tenía Lotto pero ahora tiene Nike, y a Racing le quedó Topper, que como todo el mundo sabe es una marca con menos glamour.

Después están las thai, réplicas idénticas a las originales que vienen de Asia. Mejores que las truchas, pero truchas al fin. Acá algunos las venden como originales y otros se sinceran, te las comprás en Once o por internet. Las truchas se fabrican en todas partes, pueden ser de Paraguay, nacionales, peruanas, pero se nota que lo son por la calidad. Lo más difícil es distinguir las thai de las originales, y por cada modelo hay un criterio para diferenciarlas. Un botón que dice Puma y otro que no lo dice, un hilito plateado que sostiene la etiqueta, o el peso de la tela, son diferencias que solamente algunos podrían percibir entre dos prendas que a simple vista no tienen ninguna.

Los coleccionistas son expertos. Lo que diferencia al coleccionista del acumulador —aquel que junta cosas sin sentido porque no puede desprenderse de nada— es lo que sabe, y la precisión con que busca lo que busca. No sabe sobre telas en general: conoce el tipo de felpa que se usa para confeccionar los números de las camisetas, que también pueden ser de vinilo, plastisol o pintura. Una pintura que traspasa la tela, de modo que incluso si el número está borrado puede verse su huella. En los ochenta y principios de los noventa los números de las camisetas de utilería —las que usaron los jugadores— eran pintados. Para saber si una camiseta de ese período es original tenés que darla vuelta y fijarte si el número traspasó la tela, de lo contrario es trucha. Utilería es todo lo que salió del club después de ser usado por un jugador; de paso el término, sin querer, refuerza lo teatral de la puesta en escena futbolera.

Tampoco sabe del movimiento de otro tipo de empresas, pero sí del momento glorioso en que las camisetas eran de una calidad superior porque las fabricaba Gatic que tenía la licencia de Adidas, Umbro y Le Coq. No hubo telas tan buenas como esas, ni camisetas que estuvieran pensadas a tal punto como una prenda de vestir, con cuellos de chomba, materiales más pesados, bordados. En fin, como tiene que ser un uniforme. Ahora las camisetas están diseñadas para el alto rendimiento deportivo, son súper ajustadas, los escudos no vienen bordados sino estampados, la tela es elastizada y se fabrican en lugares tan disímiles como Vietnam o Brasil. Y Gatic es Textiles Pigüé, una cooperativa de trabajadores que consiguió la propiedad después de que la empresa cerrara porque no pudo competir con las importaciones en la década del noventa. Antes de eso Gatic llegó a sacar sus propias marcas, Envión y Signia, y con ellas produjo algunas de las camisetas más hermosas, como la Signia de San Lorenzo, muy buscada por los coleccionistas.

Pero un cazador no es un coleccionista; éste junta y guarda, contempla, disfruta, se enorgullece de lo que posee. El cazador junta para vender, en eso no se diferencia de los muchos que recorren ferias y levantan cosas de los manteros o directamente de los tachos de basura, de la vereda, de contenedores y baldíos. Para eso va al corazón del corazón del comercio, el punto donde empieza, o se vuelve a anudar, la cadena que recorre la mercadería usada hasta llegar a un nuevo dueño.

Los puesteros les dicen “buscas”; ellos se llaman a sí mismos “cazadores” o “pickers”. Se los puede ver haciendo su trabajo en todas partes, por ejemplo ese flaco de gorrita con visera y mochila, vestido con bermudas y una chomba vieja, que recorre el mercado de San Telmo alguna tarde con la mochila al hombro, se para frente a un puesto, charla con el dueño, saca una lámpara oxidada, un candelabro viejo, vende o no vende, sigue su camino. Lo más probable es que haya viajado una hora en colectivo para llegar hasta

ahí, que haya buscado y rebuscado por todas partes para encontrar el conjunto preciso de objetos que lleva en la mochila.

A veces tesoros, a veces cacharros: los puestos del mercado también se dividen entre los especialistas y los de rejunte. El que vende juguetes de lata o muñecas antiguas que valen fortunas, arma la vidriera con cuidado y a los que pasean por el mercado se les para el corazón de nostalgia cuando se detienen a mirar los chiches de otras épocas. El que restaura lámparas, hace el pulido, cableado, coloca cadenas, tulipas y portalámparas, reemplaza las partes rotas y las exhibe para vender, el puesto chorrea luz de mil bombitas que cuelgan del techo, iluminan algún espejo de marco francés, alguna cómoda Luis XVI.

Y están los otros, los que no se especializan en nada y agarran lo que descartan esos otros puestos: coladores de metal enlozado, tachos, marcos rotos, un cartel de Coca-Cola despintado, muñequitos de plástico estropeados que ponen en una caja mezclados con otras cosas, desde tenedores hasta frascos de perfume vacíos y latitas, el cartel al frente de la caja dice todo por diez pesos. Cosas oxidadas. A veces si uno está buscando algo específico puede ir y preguntar, y le van a sacar una caja medio destartada llena de basura. A veces nada más, pedazos.

Este picker en particular, como muchos que eligen o se dejan elegir por un rubro y cultivan los ojos para eso, no levanta cualquier cosa. Eso no le rinde ni le interesa. Tiene una cantidad de camisetas que colecciona y otras que pone a la venta, aunque a la colección se le puede llegar a poner precio y ofrecerla a posibles compradores cuando las papas quemen. Eso le parece más confiable que tener plata en el banco.

Para reunir un stock que se renueve todas las semanas hay que caminar, recorrer, perder el tiempo a veces o ganarlo, levantarse temprano y ser de los primeros en llegar a la feria, cuando los puesteros recién están sacando la mercadería de los bolsos, tan de madrugada que la primera luz del día los descubre con las mantas a medio armar.

Porque no es el único que busca lo que busca: cada salida a la feria es una competencia que se disimula. Lo peor que le puede pasar es ver a uno que llegó primero, o que empezó a andar la feria por la otra punta, y está comprando algún tesoro por una moneda. A veces pasa. El cazador camina rápido y no se distrae mirando cosas que no vienen al caso, distingue lo que quiere entre pilas de prendas, adivina la camiseta o el short que se asoman del bolso que una vieja está abriendo y le pregunta si no tiene más de fútbol, ella dice que sí, saca tres o cuatro cosas de las que dos valen algo y el resto no, hay que saber la diferencia.

Para llegar a la feria, el cazador se toma un colectivo hasta Constitución—donde se compra un desayuno rápido, facturas o chipá, en alguna de esas panaderías que siguen siendo baratas cuando todo lo demás deja de serlo—y ahí, el 148, con varios ramales que lo dejan bien. Avellaneda pasa como por un tubo en Avenida Mitre, después varias calles internas hasta Camino General Belgrano, inconfundible con su calle asfaltada y sus veredas de tierra que invierten el orden habitual del progreso. Al rato está en el centro de Solano y se baja, sin mirar los carteles ni las vidrieras porque lo que le interesa está un par de cuadras más allá, donde empieza la feria. Los miércoles y sábados son varias cuadras las que se ocupan, de uno y otro lado, con puestos que persiguen la línea de la calle, se desparraman por algún terreno que se abre a un costado, retoman Donato Álvarez y forman una línea que dobla más allá para bordear el arroyo.

La feria no se puede abarcar en una sola imagen, es un recorrido de un kilómetro. Con diferencias, mutaciones, eso sí, como la transición entre los puestos más elaborados de las primeras cuadras a las mantas en el suelo que vienen después. En el medio los puestos de comida, armados con mesitas y toldos, donde se consiguen cervezas y gaseosas, empanadas fritas y parrilla más que nada: patis, choripán y asado. El arroyo lleno de basura, sobre todo pañales y bolsas de nylon, el puente azul de caños oxidados que lo cruza. Las veredas de tierra con cascotes, bien anchas, salpicadas con restos de

plástico. Y sobre todo el paso que va de lo nuevo a lo viejo, descartes que se ofrecen acomodados sobre una manta en el piso, el engranaje donde todo lo cartoneado durante varios días en Capital, cosas que fueron a parar a la basura porque alguien las consideró inútiles, se transforma porque alguien más lo encontró, lo eligió, estimó que era vendible. Le puso precio.

En las primeras cuadras está lo esperable, la misma ropa que se ofrece en las ferias de Once, Constitución y tantos otros barrios. Blusitas de fibrana, vestidos, camisolas en talles grandes para señoras, musculosas a rayas para varones, gorras, zapatillas, babuchas, calzas, bombachas a tres por diez pesos, corpiños, medias, crocs. Chiches, tuppers, vasos, jarras de plástico, verduras, frutas, carne, chorizos, galletitas y cereales. Por esta zona hay varias pizzerías, la otra mitad de la feria es el dominio de las parrillitas, el olor cambia. Y cambia todo, la forma de la feria se hace más abierta, más zigzagueante porque las mantas permiten ocupar lugarcitos, adaptarse al terreno, llenar huecos, poner una acá y otra allá sin seguir una línea.

Las mantas son menos especializadas que los puestos pero no del todo: el que tiene libros tiene varios libros, el que tiene ropa tiene solamente ropa o también zapatos, alguna cartera. Están los que tienen objetos que se podrían agrupar en la categoría “Bazar y adornos” como bandejas de metal, portarretratos, figuritas de cerámica y centros de mesa, los que tienen ropa para perritos o artículos de segunda mano de ferretería, serruchos oxidados, el que vende dos cuadros antiguos que son láminas humedecidas de una escena de caza con caballos y sabuesos, un marco de madera dorado con el vidrio partido en diagonal, otros dos marcos vacíos y casi sin roturas. Juguetes en sus cajas abolladas o con el cartón atacado por la humedad, rescatados de vaya a saber qué venta de saldos, qué depósito. Libros doblados por la humedad, con las hojas amarillas, y otros intactos pero llenos de tierra. Una jaula antigua y semi-desfondada, blanca y con su pie de hierro pintado de celeste. Una araña de bronce oscurecido con sus portavelas y cadena. Cuatro sillones de jardín de hierro pertenecientes a dos

juegos distintos, que eran blancos y hoy son mayormente color óxido. Dos sillones tapizados en cuerina color beige. Mesitas ratonas a las que les falta el vidrio. Un tocadiscos portátil de color marrón. Una linterna vieja, mitad blanca y mitad gris, cuadrada. Un caño de escape enorme. Un pedazo de chapa con una forma que podría tener que ver con una moto. Un puñado de cartas manuscritas que dicen “1966”. Un colchón para cuna. Fuentes y baldes de aluminio, una hilera de ollas Essen casi todas sin manijas, algunas en mejor estado y otras con el fondo lleno de grietas. Un horno eléctrico casi de miniatura, vasos de licuadoras, radios, un televisor de catorce pulgadas, dijes y aros, tachas con forma de anclas y de estrellas de cinco puntas sacadas de algún uniforme militar. Cascos, taladros, una carretilla. Una vieja de pelo largo y canoso que te deja pasar al baño de su casa —el que está en el patio— por un peso. Una parrilla con cuatro o cinco mesas colocadas abajo de un árbol enorme, y al lado del árbol una enredadera con flores blancas, abiertas y enormes, clemátides o jazmines.

Y de los dos lados de la calle, las madereras. Depósitos enormes con persianas de metal, carteles pintados en el frente, pilas de machimbre. Uno podría pasar por la feria y salir con los ojos llenos de tablas, resortes oxidados, tornillos, bulones, clavitos, zapatos viejos, mangueras enrolladas, y con un choripán en la mano. O una empanada frita. El cazador no: tiene que llegar temprano, cuando los puesteros recién están desembalando, moverse rápido y sin distracciones. Las cosas no le van a salir al encuentro como a cualquier comprador que mira todo, medita y elige; él tiene que mirar, detectar lo que vale, no equivocarse, no demostrar nada, hacer de cuenta que no le importa, parecer casual. No festeja, no se pone contento con una buena compra, no comenta nada. No da detalles. Mucho menos expone sus intereses, aunque con el tiempo los de la feria lo van conociendo y eso tiene un lado bueno y uno malo. El bueno es que por ahí le guardan cosas, se las ofrecen cuando pasa. Buscan por él. Lo malo es obviamente

que le suben el precio; saben que vino hasta acá solo para buscar eso, que tiene plata, que este es su trabajo y está dispuesto a pagar un poco más.

Cuando un puestero se aviva, sonaste. Puede ser que no le compres nunca más, una cosa que te dejaba a 30 pesos te la puede subir a 400, se pone a averiguar, se informa. Otras veces no: hay quien prefiere vender a calentarse por subir el precio y arriesgarse a que no le compren nada, porque además, una vez que dijiste 400 es 400. La informalidad es aparente, el precio tiene que parecer tallado en piedra. En todo caso se puede regatear, rebajar muy de mala gana y de forma que parezca una concesión especialísima para el comprador, pero nunca admitir que la cosa que uno está vendiendo en realidad podría valer menos. La compraventa necesita convicciones fuertes, el que duda está frito. El picker no duda, y en la feria lo respetan porque es, de todos los que merodean por ahí, el más concentrado. Al terminar el recorrido puede ser que se tome el 33 hasta el Parque Lezama, o el 351 y después el 143 hasta el Parque Patricios, después a veces el 65 hasta Parque Centenario.

Ir a las ferias y llegar con la mochila repleta —en los días buenos— es solo el principio. Después hay que ordenar, fotografiar, tasar, armar publicaciones, describir, ofrecer: “Tremenda campera”. “Impresionante camiseta de San Lorenzo”. “Terrible short de Holanda”. Por último responder las preguntas de los clientes, regatear o no, entregar la mercadería. A veces, como lo hace este picker, en la propia casa, y otras a domicilio. Toda una vida laboral armada alrededor de una pasión que también tiene su lado de orgullo, de abrir un ropero para mirar el botín, pasar la mano por las telas, festejar el hecho de encontrar en internet fotos de los partidos donde los jugadores usaron la misma camiseta que ahora tiene colgada en una percha.

Antes trabajaba en una oficina pero renunció para probar, a ver si gestionando su propio trabajo podía mantener a la familia. Tenía un bebé de meses en ese momento y no quería, como tantos, como su padre más que

nada, volver de la oficina tarde y agotado, sin ganas de charlar con la mujer o jugar con el hijo. También quería que ella tuviera tiempo para hacer sus cosas, cumplir con su trabajo, encerrarse a escribir. Una cuestión de amor y de supervivencia, que a veces no son tan distintos. Empezó a ir a ferias tres o cuatro veces por semana, siempre de gorra, zapatillas viejas para no tener que preocuparse por el barro, buzo y mochila. Al poco tiempo logró hacer un sueldo, y también conocer el orgullo de los que se inventan un trabajo.

Cuando le pregunté, me dijo que todo empezó porque en la feria de Ezpeleta una vez, hace ya muchos años, le llamó la atención ver colgadas en el puesto de una señora algunas camisetas y chombas de Independiente que nunca habían salido a la venta. A ella, que resultó ser la mamá de Panchito Guerrero, le compró varias prendas: chombas, una camiseta por diez pesos, otras apenas más caras, un camperón. El hijo por entonces estaba jugando en Suiza y la mamá, como cualquier mamá, le vendía las cosas. La ropa era de la época en que Guerrero había jugado en Independiente después de hacerle un gol a Brasil con la selección, en la final del Mundial Sub-20 del 95. Empezó a ser cazador, sin saberlo quizás, cuando le compró a esa señora. Después solo faltó hacerse una cuenta en MercadoLibre y empezar a publicar. A ese lote lo vendió enseguida, menos tres cosas: un buzo de arquero usado por Mondragón, una camiseta de Boca que Riquelme le había cambiado a Guerrero después de un partido y una de Guerrero de Independiente, la preferida de todas las que tuvo, que no está a la venta. Es roja, con el cuello en V en color blanco decorado con guardas. Tiene el 9 pintado, el escudo en felpa, estampado, y dice Ades en el frente.

## LA MEDIANERA

El asado lo comimos temprano. Vaya a saber por qué, a Senón se le ocurrió prender el fuego tipo siete. Para las diez ya habíamos cenado. El rato que faltaba para llegar a las doce nos dispersamos y cada cual hizo la suya: uno se durmió, tirado en el piso arriba de una lona. Otros subimos al techo a estar un rato solos. Otra se fue para la cocina a lavar, acompañada de un vaso y una sidra.

Para las doce nos juntamos puntuales alrededor de la mesa otra vez, en el patio de revoque y una parte de tierra, con la brasa todavía humeando en el rincón donde se apoya la parrilla.

Antes y después de la hora del brindis, cumplimos con todos los rituales que ocupan el lugar de la creencia: miramos los celulares para ver si ya eran las doce, a pesar de que el estruendo de los petardos y las cañitas voladoras nunca falla en avisar. Preparamos la sidra y las copas, cortamos los turrones y los pusimos en la mesa junto con los confites y el mantecol, que a veces nadie come. También brindamos, con esa falta de espontaneidad de los que miran las copas para no romperlas, nos abrazamos y enseguida Eli, Senón y Noe, no sé por qué, empezaron a desear y desearnos buen año, a pesar de que yo les recordaba riéndome que todavía no estábamos en Año Nuevo.

Después nos quedamos un rato largo sentados a la mesa y charlando, volviéndonos a llenar las copas cada vez que alguno se quedaba sin tomar, comparando el ananá de una marca con el de otra.

—¿Qué cosita te sirvo, mamitay?

El ananá bien helado, y la sidra. El gusto de esas cosas en la boca mezclado con golosinas, una cena tardía con golosinas, algo así.

El clima también fue un tema privilegiado porque, de verdad, habíamos tenido el día más tibio y perfecto que se pueda imaginar, un calor de

diciembre que a la nohcecita se tornó lo suficientemente fresco como para que fuera una delicia estar en el patio. Lo pasamos bastante bien y cada cual hizo su parte, que es lo que se espera de las fiestas. El arbolito estuvo y le pusimos los regalos abajo, petardos no tiramos porque ya somos grandes, pero brindamos y comimos. Eso sí: cuando íbamos en el tren le compramos a una chica uno de esos faroles de papel que se encienden y se largan al aire, nos pareció que podía ser lindo, aunque un pasajero que estaba en la punta del vagón nos dijo que él había quemado como quince antes de poder encender uno como corresponde.

A mí me hizo ilusión lo del farolito, como una pequeña contribución silenciosa a la Nochebuena. Si uno lo piensa, puede ser emocionante que la fiesta consista en sostener entre todos la fiesta, y a falta de un Dios que nazca todos los años me parece bastante un puñado de gente que se junte para sentirse conmovida, para actuar un momento especial, aunque estas son algunas de las cosas que pienso cuando el ananá fizz ya me está empezando a hacer efecto.

Así que nos quedamos en el patio, y la charla se encaminó enseguida hacia los arreglos de la casa. Cuando a uno se le van acabando los temas busca entre lo que tiene alrededor, y casa era lo que teníamos para donde volviéramos la vista.

Me daba curiosidad ese lugar porque desde la primera vez que entré, sentí que volvía a la casa de mi abuela. De San José a Berazategui, y con veinte años de diferencia, el mismo tipo de casita blanca y cuadrada con pasto adelante y un terreno grande atrás. El mismo tipo de amontonamiento medio arbitrario de las habitaciones —porque los dueños, que eran los que habían construido, iban agregando piezas a medida que podían—. Las mismas piezas más bien chicas y prolijas, con aparador de vidrio, fotos enmarcadas de los abuelos en la pared, adornos y carpetitas.

Mi abuela tenía un porche al que sacaba el banquito para tomar mate (ese banquito que está en un cuento de mi primer libro) y un barrio que hasta el

día de hoy tiene calles de tierra, con sapos y olor a zanja. Esta parte de Berazategui en cambio está asfaltada hace rato, pero otras cosas son iguales.

Acá y allá, el mismo tamaño del living, que en el caso de mi abuela era comedor —recién unos años antes de morir se compró sillones—, un espacio para recibir a las visitas y mirar la tele. En la de mi abuela, el dormitorio de ella daba al comedor sin mediaciones, y el comedor a la cocina. Y la segunda pieza, que había sido de mi papá cuando era soltero, a la cocina también. El baño más atrás todavía, dando al patio, y un terreno larguísimo donde en algún momento hubo pollitos, en otro la cucha del perro al fondo, en otro tiempo una casucha donde dormía el hermano borracho de mi abuela.

Acá, el dormitorio principal está también al frente seguido de otra pieza, el baño, la cocina en el medio. Y solamente pasando por la cocina se puede acceder a la otra parte de la casa: un comedor grande, que comunica por una puerta con una pieza que agregaron después, y por la otra al patio. Saliendo al patio, a la izquierda está la escalera que va al techo, y más atrás una parte techada que da a una piecita llena de cachivaches y cosas en desuso.

Subiendo por la escalera, todo el techo como terraza, sin una sola reja ni pared. O algo como una terraza, no para tener sillas o pileta pero sí para sentarse y mirar. El tanque de agua, la antena, y más allá otra pieza que en su momento ocuparon los hermanos de la dueña de casa que habían venido de Bolivia a trabajar, y ahora junta cosas que dejaron los hijos. Todo en revoque, todo pelado sin pintar y un limonero que lucha por su vida en una parte del patio que es de tierra. Al fondo, maderas y chapas.

Entré a esta casa por primera vez y la sensación de la casa de mi abuela —donde pasamos algunas vacaciones, un poco aburridos, tomando granadina, mirando televisión y yendo a La Salada cuando todavía eran piletas— se me vino encima como una ola, así que la familiaridad estuvo siempre. Ahora, Eli me dice que podríamos ir un día a La Salada a comprar ropa, y el rojo del Fresita en la copa no es tan distinto de aquella granadina

que traía el sodero, o del color del guindado que mi abuela tomaba en copitas diminutas que me fascinaban y que los nietos le fuimos rompiendo una por una.

Por eso cada vez que puedo pregunto por la evolución de la casa en el tiempo, y esta vez por decir algo me pongo a mirar la medianera: una marca que la recorre de una punta a la otra muestra que hace unos años la pared no llegaba al metro y medio, y que después se agregó medio metro más encima. Esos ladrillos que en un tiempo fueron nuevos son de otro color, y una línea más gruesa de cemento hace de costura.

La casa de al lado parece estar en silencio y con las luces apagadas, de hecho parece vacía, si no fuera porque uno está seguro de que ese vecino al que nunca vi —viejo y postrado, que a veces se sienta en la entrada a mirar la vereda, pero casi nunca aparece— está en la casa. Está porque no puede salir a ningún lado.

Mejor dicho, una vez lo vi, pero de una manera que no sé si cuenta como haberlo visto. Yo venía por la vereda, él estaba sentado adentro de la casa y lo que se alcanzaba a distinguir desde afuera era un cuerpo flaco, vestido con una camisa blanca y sentado en una silla, todo del color del vidrio cuando refleja el sol antes del atardecer. Dorado y quieto, con la cara en la oscuridad, miraba todo a través de las cortinas descorridas. Me alegro de que para mí no tenga cara.

Eli baja la voz cuando la conversación pasa de la medianera a lo que está del otro lado. Un poco por discreción, y otro poco porque le gusta poner esa voz especial de secreto para contar las cosas que están prohibidas.

Me dice que levantaron la pared porque no estaba bueno verse con los vecinos de un patio al otro, al principio las casas estaban separadas por una pared bajita. No solamente eso, dice Noe, sino que además las casas son gemelas, gemelas idénticas. Pero el de al lado les empezó a caer mal, empezó a ser incómodo verse todos los días. Una vez, por ejemplo, mientras la chica que por ese entonces ayudaba a Eli con las cosas de la

casa estaba sola con la ropa, el tipo le dijo algunas frases babosas y ella se asustó.

Cuando adivinan para dónde va la cosa el marido y los hijos le dicen a Eli que cambiemos de tema, que es Navidad y no da para hablar de eso. Yo me hago la tonta y trato de que sigamos hablando; sé que va a ser así porque a ella, como a cualquiera, le encanta contar, y tener una cosa terrible para contar es algo que te da mucho prestigio. Si llega con un chisme jugoso, una desgracia, una muerte o la historia de una pareja que se separó, uno la ve que se relame.

Entonces sigue, diciendo, mientras nos servimos uno al otro más sidra y agarramos la copa con fuerza, que el tipo siempre tuvo mujeres, novias, pero hubo una que le duró más. Lo venía a visitar seguido y un tiempo se mudó con él. Aunque no se los veía, desde el patio se escuchaban los gritos de las peleas entre ellos, bastante frecuentes. A varios de los vecinos les parecía que el tipo le pegaba a la novia, pero nunca estuvieron del todo seguros. Él no hablaba con nadie y ella menos, y ahora nadie habla con él.

La historia sigue del modo más simple y Eli me la cuenta con tristeza, con esa piedad maternal por los que tienen desgracias que le conozco desde hace rato. En una época, ella lo había dejado, por suerte según Eli. Pero un día, nadie sabe por qué, volvió. Se ve que tuvieron una pelea que quizás fue como las otras o quizás fue distinta y esta vez él la mató, de una sola puñalada en el pecho. Era la madrugada de un domingo. Los vecinos escucharon gritos y llamaron a la policía.

El caso fue transparente, enseguida encontraron el cuerpo de la mujer y el cuchillo manchado de sangre. Y debe ser por eso que la noticia aparece en pocos medios ocupando no más que un par de párrafos: no hay misterio.

Como tenía ochenta años cuando mató a la mujer, Podestá no fue a la cárcel. Está siempre encerrado en la casa, y pasa por uno de esos viejos un poco excéntricos que en el barrio caen mal: algunos, que saben la historia, no lo saludan.

En eso la tensión de la charla empieza a bajar. Los cinco que nos contábamos el chisme alrededor de la mesa amagamos con dispersarnos cuando Noe se acuerda del farolito, a pesar de que hace rato que dejaron de oírse las cañitas voladoras y petardos. Aldo entra a la casa para buscarlo, yo agarro el encendedor, y los tres subimos al techo para hacer toda la operación desde ahí. Yo insisto con leer las instrucciones que vienen en el envoltorio porque el fuego me pone paranoica y no quiero hacer lío.

Pero cuando desplegamos lo que parece un barrilete sin ejes, nos damos cuenta de que no tiene demasiado secreto: un rombo tridimensional de papel, mucho más grande de lo que esperábamos, con un hueco abajo donde está la mecha, algo que parece un pedacito de trapo de piso sostenido por un alambre.

Mientras Aldo y Noe lo sostienen, yo le doy mecha y enseguida se llena de fuego que lo hace crecer sin darnos tiempo a pensar nada.

Asustados por tener de pronto una bola de fuego entre las manos encerrada en un papel finísimo, lo soltamos tratando de enfilarlo un poco para arriba, pero ese coso flota durante unos segundos mientras se desplaza hacia el costado y después, sin que nadie pueda hacer nada al respecto, empieza a caer.

—¡Guarda que va derecho para la mesa, corransé!

—¡Papá, la puta madre!

Desde arriba del techo les gritamos a Eli y a Senón, que siguen sentados a la mesa y miran. El globo se desplaza lento por el aire pero va directo a las cabezas de los dueños de casa.

Eli no llega a reaccionar; Senón en cambio se para enseguida y se pone a tratar de agarrarlo, con el brazo estirado para arriba y a los saltos. Yo no puedo creer lo que estoy viendo y desde arriba le grito que no lo toque, pero él sigue con eso y ahí nos damos cuenta de que está tratando de desviar el globo y que se vaya para el otro patio.

Después de unos cuantos manotazos lo consigue, y todos vemos al globo lleno de fuego que pasa la medianera, se engancha en el árbol de mandarinas que hay del otro lado y ahí se queda.

Ahora sí que no podemos hacer nada, y en un segundo veo cómo el fuego consume su propio envoltorio y se pasa a las ramas, al árbol, los yuyos, cruza rápido el patio para llegar hasta el porche. Me pregunto cuánto va a tardar Podestá en darse cuenta de que le estamos incendiando la casa, si el resplandor inusual o el calor de las llamas lo despertarán a tiempo.

Por instinto y de puro exagerada, grito como una loca, le digo a Senón que trate de tirar un poco de agua, pero los demás están tranquilos. Desde abajo Eli me dice que no me preocupe, que el árbol está re verde y no va a prender. Y efectivamente, después de unos segundos de arder en la punta del árbol, se apaga el fuego, y el globo se dobla sobre sí mismo hasta convertirse en un colgajo de papel chamuscado.

En silencio bajamos al patio, seguro que en un rato vamos a estar otra vez tomando sidra. Aldo apaga de un pisotón el pedacito de papel encendido que cayó de este lado de la medianera, y nos quedamos sin el final más lindo.

Un par de meses después pasó algo que me encantó. Estábamos de visita y Eli me contó en voz baja, como retomando una conversación reciente, que Francesca, la gata de la familia, se había comido al pajarito de Podestá. Una mañana el viejo la llamó a través de la medianera, le contó lo que había pasado: “Ese, tu gato, me comió al canario”. “Ah, sí. Es un asesino”, le contestó ella, medio haciéndose la indignada. Me lo contaba y se mataba de la risa.

## EN VENTA

Todo se puede trucar. En el aviso se veía bastante bien el PH de Entre Ríos al 1500 que nos tocó recorrer ese sábado a la tarde de un febrero tormentoso, de esos que intercalan ráfagas de otoño en el verano. El día nublado no ayudaba a tener que cruzar Constitución, vacía y triste sin las colas interminables de gente y la catarata de colectivos llenos, para llegar a la avenida Entre Ríos. Fea entre las feas a la altura que nos tocaba, es una calle que no toma casi nada prestado de Callao y ni bien abandona Congreso se sumerge en Once. Los mismos locales, la ropa barata, la heladería Sei Tu, los bazares que venden chiches y que no la hacen linda pero tampoco son lo peor que te puede pasar: después de la autopista, que extrañamente tiene plantas colgantes, Entre Ríos muere y se abandona al aburrimento de locales cerrados, departamentos viejísimos por los que nadie da un peso, carteles de inmobiliarias que se quedan en el mismo lugar por demasiado tiempo.

La diferencia entre unas fotos mal sacadas en un anuncio de venta o alquiler, entre los números que indican la cantidad de ambientes, los metros cuadrados y el valor en dólares, y una realidad que va tomando forma en los acercamientos graduales a una casa, es radical y a veces es violenta. Eso no tiene nada que ver con esto, es un lenguaje paralelo inventado para seducir que muchas veces lo logra, y la búsqueda se vuelve una comprobación repetida de la propia ingenuidad que a veces da vergüenza como una marca infame, algo que se trata de ocultar antes de tocar el timbre, en cada visita.

El aviso decía cuatro ambientes con terraza, segundo piso por escalera, pisos de pinotea originales, techos altos, con posibilidad de ampliar. Exactamente lo que estábamos buscando, aunque el segundo piso por escalera era un problema a pesar de que embarazada y después con mi bebé

a cuestras, durante años subí dos pisos varias veces por día para llegar al departamento que alquilaba en San Telmo. Ah, y decía “Buen estado”.

Por teléfono el empleado de la inmobiliaria me dijo que el PH estaba un poco dejado, que necesitaba arreglos. Conozco la estrategia, es una concesión a la sinceridad que sirve para hacer creer que también se es sincero en todo el resto. Así que llegamos hasta la puerta un poco aplastados por lo deprimente de ese borde entre Parque Patricios y Constitución un sábado a la tarde, pero con la perspectiva de descubrir un buen negocio en el departamento que, por no estar bien ubicado y necesitar un par de arreglos, seguramente nos dejarían a buen precio.

El de la inmobiliaria nos esperaba en la puerta. Nos saludamos con la mano como en toda reunión de negocios, y después de tocar el timbre nos dijo que en esa casa vivían dos señoras, una hija y su madre que era muy mayor. Como la casa les sobraba y daba mucho trabajo, las mujeres tenían la intención de vender para comprarse un departamento algo más chico.

Es algo que se ve bastante; los que venden son hijos que heredan, viejos que quieren mudarse a un lugar más chico, o parejas que por tener un hijo, o dos, o tres, necesitan un lugar más grande. Así es como la parte más difícil de nuestra búsqueda inmobiliaria fue entrar a las casas de los viejos, tratar de imaginarnos cómo sería este living sin el empapelado de flores amarillento o aquella cocina sin la jaula gigante repleta de loros, pedirle permiso con pudor al abuelo que miraba tele sentado en la silla donde lo habían dejado, las piernas tapadas con una manta, y adonde tendrían que ir a buscarlo para que pudiera levantarse.

La mujer que bajó a atendernos tendría unos sesenta años y el pelo teñido de amarillo más que rubio. Una permanente mal hecha le había dejado el pelo crespo, reseco, con mechones electrizados. Usaba anteojos, pantuflas y una calza de color salmón, y le costaba ocultar la desesperación por que viéramos la casa, por que nos gustara, por caer bien y venderse. Esta vez, nosotros teníamos la ventaja.

Al otro lado de la puerta doble nos esperaba una escalera de mármol más empinada que lo usual; eran dos pisos que parecían tres, y daba vértigo mirar hacia la luz que llegaba de arriba. Algunos de los escalones estaban rajados, pero el mármol se mantenía en su lugar. A un par directamente les faltaba la alzada y al subir, el pie pasaba junto a un agujero oscuro donde parecía que podía deslizarse en un descuido. Yo solo había tenido una sensación parecida frente al mármol partido de las tumbas abandonadas en los cementerios, con esos huecos negros en los que, por más que uno sepa que los cadáveres reales están enterrados mucho más abajo, lo siniestro se junta como un gas y hasta parece que puede tocarte.

Allá arriba nos esperaba una reja, y si bien al principio nos pareció una buena medida de seguridad para una familia con bebé, enseguida vimos que la utilidad real era impedir que una horda de perritos se tirara por las escaleras. La mitad eran blancos y peludos, caniches o algo así. La otra mitad, esos perritos flacos con patas que parecen de rata o de pájaro, nerviosos, con uñas que hacen tic tic tic en el suelo cuando corren frenéticos y ojos enormes que sobresalen de la cara hasta el límite de la deformidad.

Son perros pasados de moda que vi pocas veces en mi vida, y las dueñas siempre eran señoras. La otra mujer que vivía en la casa era una viejita apagada que nos recibió con una sonrisa, abrió la reja y espantó a los perros para que pudiéramos pasar. Había olor a sahumero, se notaba que acababan de quemar uno. Primero llegaba ese olor, y cuando se disipaba en el olfato, el olor a pis. Fuerte, rancio, olor a pis disimulado con perfume.

La más joven nos pidió disculpas por el olor, la madre se puso a un costado y no salió de ese rol en toda la visita. Tampoco habló; o no podía, o le dieron instrucciones de quedarse callada. La otra nos dejó mirar el hall antes de hacernos pasar a las piezas: era un espacio luminoso que daba a todas las habitaciones de la casa, cumplía esa función que en otros PH tienen los patios o las galerías. Pero lejos de usarse como lugar de paso, estaba

atestado. Había varias cómodas repartidas contra las paredes con toda clase de cosas amontonadas encima, cajitas, latas, costureros, macetas, plantas de vieja como potus y lazos de amor, y en el centro una mesita de jardín con las patas de hierro pintadas de blanco. Muy por encima del desorden, la claraboya con vidrios coloreados en el techo ponía un reflejo melancólico de belleza posible y perdida.

El de la inmobiliaria estuvo tan pasivo como la más vieja, la encargada de mostrarnos la casa fue la hija. Primero nos hizo pasar a las habitaciones que daban a la calle y nos habló de las muchas posibilidades, de tirar abajo esta pared y unir los ambientes, de hacer una puerta acá, de lo luminoso que era todo. Nosotros nos quedábamos callados, tratando de conservar estrictamente la cara de nada o de poner una sonrisa amable.

Porque las viejas nos dieron lástima: el comedor con sillones destartados, las cortinas a punto de caerse, las paredes cansadas, las manchas de humedad, la habitación donde la hija, que nos contó que trabajaba como restauradora, amontonaba muebles contra una pared en una pila absurda que llegaba hasta el techo. Mesas arriba de mesas más grandes, sillas sin tapizar, mesitas ratonas sin cajones ni puertas, pedazos de madera que era difícil identificar con algún tipo particular de mobiliario.

Los pisos de madera estaban secos y agrietados, como pidiendo auxilio, pero era lo de menos. Mientras la hija nos contaba las bondades de la calle Entre Ríos pasamos casi de largo por el baño de azulejos negros y quisimos mirar la habitación que faltaba. Entonces le fue a pedir a la madre que saliera de esa pieza, que era la suya y a la que se había escabullido. Nos asomamos con pudor a un cuarto ciego donde la única luz provenía de una lámpara vieja que colgaba encima de una cama de manta desteñida. Las paredes desnudas, con manchas amarillas en la pintura de un color indefinido que faltaba en varias partes, la volvían un lugar ideal para esperar la muerte. El rosario sobre la cabecera de la cama como única decoración no hacía más que reforzar esa idea.

Faltaba media casa todavía. Antes de pasar a la cocina, uno de los perritos dejó un charco de pis en el pasillo que teníamos que cruzar, y la dueña se apuró a buscar un trapo para secarlo, lo acomodó en el piso y nos hizo pasar por encima. Al perro lo retaron, y a la más vieja también por no cuidarlo.

La cocina era un pasillo de un metro de ancho con una mesada de granito llena de pozos, canillas oxidadas y una ventana redonda con marco de hierro que daba a ninguna parte. El marco estaba tan carcomido como las aberturas de cualquier casa abandonada, y por primera vez pensé que había otro tipo de casas abandonadas, las que tenían gente adentro.

Al lado estaba la escalera que daba al último ambiente y la terraza. No sé por qué, seguíamos adelante con esa situación teatral de dejar que nos mostraran el departamento. Sin embargo yo sentía, y sé que mi novio también por la forma en que me miraba, como subrayando algo con una apertura de los ojos, que habíamos llegado a un límite. Uno no compra una casa vacía sino un lugar con cierto espíritu, fantasmas que a veces es difícil despegar. ¿Cómo iba a hacer, si me mudaba a ese lugar e incluso si pintaba las paredes, plastificaba pisos, reparaba lo oxidado, para no pensar que estaba caminando todo el tiempo sobre la orina de un montón de perritos? ¿O para no soñar con esas tardes tristes que las mujeres habrían compartido, sin hablarse? Estábamos en ese borde donde el terror empieza. Pero aún sí, queríamos ver qué había más arriba.

Para eso tuvimos que pasar por la prueba de fuego de la escalera: tablas desvencijadas sobre ménsulas que salían de la pared. Nos dimos vuelta para interrogar a la dueña con los ojos antes de pisar el primer escalón, pero ella con toda naturalidad hizo que sí con la cabeza. Las tablas cedieron y rechinaron bajo nuestro peso. Arriba nos esperaba un cuartucho forrado de arriba abajo con estantes de madera repletos de cosas, latas, maderas, cables, casi nada que no pareciese basura y a punto de venirse abajo.

Y subiendo otra escalerita tan precaria como la primera, un techo con membrana asfáltica, sin baranda ni pared, con divisiones que había que

pasar levantando la pierna hasta la rodilla y algunas macetas acá y allá, hechas con latas. La señora nos miraba para saber si nos estaba gustando y nos quiso mostrar la parrilla que se había armado en un rincón, apoyada sobre dos pilas de ladrillos. Me la imaginé sola, preparando un asado en ese techo al que prácticamente había que trepar y por eso la madre no podía acompañarla. Antes de bajar nos habló de lo lindos que eran los atardeceres ahí, con todo el verde del Polo Circo abierto frente a ella.

No nos quedamos mucho más, no preguntamos nada. Cuando sentimos que habíamos cumplido dimos por terminada la visita y nos fuimos, esquivando perritos. Hicimos nuestra parte, algo así como seguirles la corriente a las dueñas y al de la inmobiliaria, que antes de irse nos dedicó una mirada extraña, tironeado entre las ganas de hacer un negocio y la vergüenza que, era evidente, le daban las dos señoras. El recuerdo de los charcos de pis que salpicaban la casa, de ese olor imposible de eliminar, nos duró bastante tiempo.

Unos meses después nos mudamos a otra casa, no muy lejos de la calle Entre Ríos. A veces paso con el colectivo yendo para el centro y miro las ventanas del PH de las dos señoras. Estoy segura de que no lo vendieron pero me pregunto si lo habrán mostrado muchas veces más, si alguien habrá considerado en serio la posibilidad de dar plata por ese lugar. Y en el fondo deseo que no lo vendan, porque siento que esa impresión que nos llevamos nosotros vive en la casa y el que la compre no la va a poder sacar con nada. Ni reciclando, ni puliendo los pisos, ni pintando, ni tirando abajo la mitad de las paredes. Fantasmas en la forma de olores y manchas, de humedades. De un aire que se respira ahí. Me da culpa pensarlo porque nosotros nos fuimos pero las señoras, que se tienen que quedar, por algo la pusieron en venta. Ellas también quieren salir.

## ASADO

Llegué temprano, demasiado incluso. No había nadie más que la dueña de casa, enseguida le elogí el departamento y le pedí que me mostrara dónde estaba la parrilla. Nunca había hecho un asado pero esa vez, en la larguísima cadena de mails entre colegas mujeres que desembocó en una reunión de fin de año, me ofrecí para prender el fuego.

Más que ofrecerme, las engañé diciendo que yo sabía para que nadie se bajara del plan, tentadas a pedir delivery ante la ausencia de asadoras que nos convertía en un montón de inválidas: inaceptable. Así que di mi palabra, con la vaga esperanza de que algún video de YouTube me enseñara eso que parece un arte tan difícil: poner carbón, palitos, papeles de diario, darle mecha y esperar.

El monoambiente con un fondo enorme, mitad patio con macetas y mitad jardín con pasto, era lujoso para San Cristóbal. En una parte del patio tenía un espacio para hacer el asado bajo una enredadera, una mesada revestida en ladrillos refractarios sobre la que se ponían dos ladrillos sapo y una especie de enrejado de hierro.

Había dos bolsas de carbón, más que suficiente. Yo tenía puesta una blusa color crema espantosa que me compré porque en el probador me pareció que me quedaba bien, una cosa con volados. No me importaba manchármela y hasta esperaba ensuciarme para que me quedara marcado en la cara y en las manos, con trazos de carbón, el trajín y el sacrificio de pasar la noche junto al fuego, manipulando pinzas y brasas amenazadoras.

Otra persona más se había ofrecido en los mails para ayudar con el asado, un tal José. No sabía quién era, quizás el novio de alguna colega, pero esperaba tener todo listo antes de que llegara. Primero, porque no me gusta demasiado compartir el trabajo. Segundo, porque en algún resquicio al

fondo de la mente me daba vergüenza la posibilidad de que mi instructivo de internet no sirviera para nada y el fuego fracasara enseguida.

En el video que había elegido, un tipo al que no se le veía la cabeza enrollaba unas hojas de diario, hacía conos que después convertía en especies de coronas y las acomodaba una encima de la otra. Después iba apilando pedazos de carbón alrededor, prolijamente hasta llegar a la cima, y metía un fósforo encendido por algún huequito en el costado de esa montaña. Corte. Treinta minutos después, todo era brasa grisácea que se deshacía sobre sí misma. Sólo hacía falta desparramarla un poco y ponerle la parrilla encima.

Parecía genial, facilísimo. Tenía mis dudas, y al mismo tiempo no se me ocurría cómo algo tan simple podía fallar. Así que, envalentonada, enrollé los diarios, hice las coronitas —un poco demasiado grandes, es verdad—, apilé los carbones alrededor, y me alejé para contemplar el resultado. Lo que me había dado un poco de trabajo era que la mitad de la bolsa de carbón estaba compuesta de pedacitos triturados, difíciles de apilar, pero lo había solucionado bastante bien poniéndolos arriba.

No veía la hora de encender esa montaña negra pero al mismo tiempo, apurarse parecía ridículo. No había nadie, nada de carne, y si la brasa se hacía rápido y la carne no llegaba... no lo quería ni pensar. Fui al baño a lavarme las manos y después en la cocina me serví un vaso de agua mientras esperaba a las demás.

Al lado de la heladera había otra chica, que no escuché llegar, sacando unas botellas de una bolsa. Una rubia de pelo corto a la que la dueña de casa me presentó como Jose. En un primer momento no pensé nada pero después, acostumbrada a estar equivocada, me di cuenta. “Ah, ¿vos sos José?”, le dije entre aliviada y contenta. Le dio risa. Era José.

Más chica que yo, con un corte de varón y dientes de conejo que le daban un aire entre terriblemente simpático y glamoroso, como si fuera la cruz de una nena de primer grado con una modelo de Berlín (aunque no tan alta), se

llamaba Josefina, pero apenas le cabía ese nombre. En cambio Jose le quedaba perfecto. Tenía una musculosa, una minifalda de jean holgada y zapatillas Nike.

La gente que se viste cómoda y así nomás para un sábado a la noche me da mucha envidia. No les importa nada, andan por todo Buenos Aires como si fuera el barrio, a veces incluso en bicicleta o con mochila, y a todos los que usamos zapatos o carteras nos hacen quedar un poco estúpidos.

Convencida de que el asado estaba a cargo de ella, Jose había venido temprano para preparar la parrilla y el fuego. Le dije que estaba todo encaminado y pareció impresionada, después la llevé al patio para que viera la montaña de carbón rellena de papeles. Le pareció bien, fascinada cuando le dije que todo lo había sacado de un video, y también opinó que no había problema con prenderla porque la mayor parte de la carne la había traído ella.

Volví a la cocina a buscar unos vasos y una botella de cerveza, además de algún recipiente que pudiera servirnos como cenicero. Jose fumaba y yo también, iba a ser necesario. Me pidió un cigarrillo con la promesa de que en un rato iba a salir a comprarse un atado; no me molestó para nada convidarle, aunque a veces, si no me gusta la persona que pide, me molesta.

De nuevo en el patio, las dos frente a la parrilla, se animó a sugerirme que lo mejor era correr la pila de carbón hacia un costado, cosa de tener un fuego almacenado ahí mientras parte de la brasa se iba disponiendo bajo la parrilla. Me pareció que me lo dijo con mucho cuidado, tratando de no herirme.

Yo opiné que la montaña era imposible de correr sin que se derrumbara por completo; probamos y enseguida se empezó a desmoronar. Jose la acomodó un poco y decidió que se quedaba ahí. Busqué fósforos, no había. Traje un pedazo de papel de diario, lo enrollé y lo prendí con el encendedor. Ella agregó un par de bollos de papel arrugado en eso que parecía el cráter

de un volcán, pero no demasiado compactados, según me explicó, para no ahogar el fuego.

Parecía una experta y hablaba como tal. Los papeles prendieron rápido y las llamas color naranja emergieron unos centímetros por encima de la pila de carbón. Jose y yo las miramos calladas, durante un rato hablamos poco, apenas para decir algo sobre lo lindo que era mirar el fuego, y nos tomamos despacio la cerveza que no estaba muy fría. Enseguida la parrilla empezó a escupir chispas, cada vez más, y tuvimos que alejarnos un poco. Era como una invasión de Chasquibum que apenas permitía meter la mano para acomodar un pedazo de carbón caído, y hacia arriba, un chorro de chispas parecido a una bengala que amenazaba con incendiar la parra.

Yo nunca había visto tantas chispas en el fuego de un asado y sospechaba de manera difusa que había hecho algo mal; quizás los pedacitos más chicos de carbón estaban explotando y hubiera sido mejor no usarlos, o rodearlos por otros más grandes. No entendía si lo que estaba pasando estaba bien, pero a Jose le parecía bellísimo y miraba contenta la montaña de carbón en llamas, como si se tratara de fuegos artificiales de Año Nuevo más que la preparación para un asado.

Algo de eso había. Las chispas saltaban brillantes alrededor, en direcciones caprichosas, y la llamarada que subía con fuerza de adentro de la montaña la hacía parecer un poco peligrosa, excesiva.

Nuestro fuego era una galaxia cuyas estrellas nacían y morían, todo al mismo tiempo. Una chispa aparecía, se la tragaba la noche pero no había tiempo para lamentarlo porque ya estaban estallando muchas más.

Yo la miraba a ella, después al fuego, y también me sentía satisfecha. El peligro mínimo de esas astillas de luz que nos saltaban encima nos mantenía a una distancia tensa. Había pensado que me podía aburrir un poco esa noche, sobre todo si me tocaba charlar demasiado con gente que quisiera hablar de cosas serias, pero con Jose nos entendimos desde el

principio y nos dedicamos felices al fuego, no hubo necesidad de la charla tediosa de quién sos y qué hacés y qué opinás de todo.

—La verdad que no lo puedo creer, no daba un peso —me dijo Jose divertida.

—¿Cómo que no dabas un peso? ¡Pero si me dijiste que estaba bien!

—Sí, para no hacerte sentir mal, pero eso del carbón no pensé que iba a funcionar.

—¡Ah, bueno! Gracias por prenderlo igual —le devolví con un tono de ironía que era fingido.

Estábamos jugando.

Me pidió otro cigarrillo, volvió a repetir la promesa de comprar pero una hora después, ya fumábamos del mismo atado. Mientras tanto iba llegando gente; alguien saló la carne y la trajo en una bandeja, yo tomé el mando de una mesita que estaba cerca de la parilla y fui poniendo encima la carne, haciendo lugar para nuestros vasos, el cenicero que no estábamos usando y una botella de cerveza nueva.

Llegó más gente, cuando salían al patio todas se acercaban a la parilla para admirar el fuego, nos felicitaban y después terminaban por acomodarse alrededor de la mesa, donde habían puesto cosas para picar. Alguna otra compañera se quedó un rato largo charlando con nosotras, pero a medida que pasaron las horas, ellas iban y venían y Jose y yo quedábamos ahí, firmes al lado de la parilla, concentradas en el asado.

Cuando el carbón fue brasa, ella corrió una parte hacia un costado, desparramó lo demás ayudada por una palita de metal y fue partiendo los pedazos más grandes hasta dejar trocitos del mismo tamaño, parejos, una capa de brasas encendidas y perfectas, a la distancia justa de la parrilla que enseguida puso encima. Con lo que había separado al costado hizo más fuego, le puso madera encima y más carbón, lo sopló para avivarlo.

Yo la miraba de atrás y me daba cuenta, con un poco de pudor, de que si me sentía canchera por haber hecho fuego a partir de un video de YouTube,

a ella se le notaba que tenía mil asados encima. Asados, viajes, fiestas, reuniones, toda una vida de adquirir experiencia en la que seguro le había ido re bien, le caía bien a todo el mundo, era la clase de persona de la que uno agradece su llegada cuando está en una reunión un poco aburrida, o cuando hay un asunto que solucionar y todos se acobardan.

Jose no dejó de sonreír en toda la noche, hizo que todo lo difícil y el esfuerzo parecieran nada, y como no era un chabón, en ningún momento se comportó como si estuviera haciendo algo complicado, mucho menos una proeza. La ayudé como pude, puse la carne arriba de la parrilla, opiné poco, estuve de acuerdo con la mayoría de sus decisiones y la respeté infinitamente cuando a una tira de asado la dobló por la mitad, porque una parte era mucho más fina que la otra y convenía cocinarla después para que no se pasara.

Mientras tanto charlamos de modo muy casual, y las ocasiones en que dije “mi novio” o “mi hijo” a propósito de otra cosa me empezaron a pesar cada vez más. Mi juventud acababa de terminar, y ella, que tenía unos diez años menos, estaba viviendo la suya de pleno derecho. Se le notaba hasta en las zapatillas, que yo no podía dejar de mirar, y en las piernas apenas bronceadas que subían hasta la pollera de jean, tan cómodas como si todavía tuviera la bikini abajo y acabara de llegar de la playa o la pileta.

A un par de metros, el bla bla de la charla en la mesa llegaba hasta nosotras como ruido de fondo. Me ofrecí para traer cubiertos. Jose dijo que no hacía falta, pero la verdad es que se estaba quemando los dedos en su afán de hacer demasiadas cosas con la mano. Le alcancé cuchillo y tenedor, y enseguida usó el cuchillo para cortar un pedacito de la tira de asado que le parecía que estaba listo. Lo agarró con las manos, los dedos ya brillosos por la grasa y el jugo, y se lo llevó a la boca. “¡Qué rico!”, dijo con una sonrisa. Estaba feliz.

Avisamos al resto que enseguida íbamos a servir la carne. Traje una bandeja limpia de la cocina, sacamos una tira, la corté en pedazos y la hice

circular alrededor de la mesa. Todo el mundo estaba entusiasmado, con esa alegría que solamente produce el asado, algo que viene del fuego y lleva todo lo primitivo encima. Después fui a la parrilla con la bandeja vacía y le pregunté a Jose si no se iba a sentar para comer.

—No, mi papá me dijo que el asador come de parado —me contestó mientras se chupaba los dedos que acababan de sostener otro huesito.

Me quedé con ella. A mí también me gustó la idea, y prefería quedarme ahí toda la vida antes que ocupar un lugar en la mesa al lado de las otras. Había algo que no quería abandonar, ese puesto al lado del fuego que habíamos compartido, la intimidad de ser las asadoras y una charla que nos concernía solamente a nosotras. Yo había encontrado mi lugar en la fiesta, a pesar de que al rato vino una compañera, se acomodó en un banco cerca de la parrilla con su vaso de vino y atraídas por lo que ya era un trío, no tardaron en caer las otras.

El resto de la noche no nos volvió a juntar. En las evoluciones de los grupos a lo largo de la fiesta, ocupé distintos lugares pero ninguno me dejó al lado de Jose, y fue ahí, a la distancia, que me di cuenta de que ya no me importaba nada de esa reunión si no iba a volver a hablar con ella. La miré de lejos. Fumaba tranquila, distendida, con la cabeza apoyada en la pared, y se reía. Todo le resultaba fácil. Dijo que después se iba a una fiesta en Caballito, y preguntó si alguien más quería ir.

Nos sacamos una foto, todas juntas, en la que estoy muy seria y alejada de ella. Después nos dispersamos todas a la vez. Una que estaba en auto se ofreció para llevarme hasta mi casa. Saludé a todas con un beso, una por una, solo para llegar hasta ella, que me dedicó una mezcla de beso con semi-abrazo. Me pareció que me saludaba con un poco más de entusiasmo que a las demás, pero no estoy segura.

## NO SABÉS LO QUE ME ESTÁS HACIENDO

Los viejos de la Sala Lugones. Sus pelos blancos, su costumbre de chistar. Su irritabilidad. Ese ruido de caramelos al abrirse, de las bolsas de nylon que les gusta llevar. El entusiasmo unánime por *Amarcord*, la indiferencia y los ronquidos frente a una película superior como *Roma*. Miles de veces me cambié de butaca, y me volví a cambiar, y de nuevo, para esquivar las cabezas canosas y las ganas de chisme fácil de las primeras filas. Yo sé de dónde vienen porque una vez lo vi, lo que espero es no volver a verlo. ¿Nunca se preguntaron por qué están en la sala pero nunca en la vereda? Los viejos de la Lugones entran a la sala para cada función, pero no es tan seguro que entren al teatro.

Era un sábado lluvioso. Las luces de Corrientes brillaban más en la humedad pero brillaban para nadie. La avenida estaba inesperadamente vacía, quizás por esa lluvia helada que con solo mojarte unos segundos te hacía sentir que nunca más ibas a estar caliente o cómodo. De todas formas me tomé un subte, atravesé esos pasillos caldeados escapando del ruido de cuchillas de los trenes y completé a pie las cuadras que me separaban del San Martín. Era uno de esos sábados invernales que parecen domingos, desolados. Las únicas almas que pululaban por la cuadra del teatro eran las de esos solitarios que eligen cualquier película con tal de tener una excusa para salir de casa, se comen dos porciones de pizza de parados en alguna esquina después de la función, y vuelven a encerrarse cuando las personas que son felices o están acompañadas recién están saliendo.

Mal que me pesara, yo era una de ellos en esa tarde que empezaba a convertirse en noche. Sólo que no había elegido cualquier película: iba a ver *Kiss me deadly* en el cine. La había visto varias veces en copias malas pero quería darme el gusto con esa película que me encantaba porque al final, al

abrir la valija con la extraña sustancia que funcionaba como eje arbitrario de la historia, se destruía todo. El final en la playa con una destrucción mirada desde lejos me daba una euforia que no puedo explicar; además, el Mike Hammer de *Kiss me deadly* es uno de los más fríos que recuerdo. Ver cómo cacheteaba imperturbable a los débiles viejos y mujeres de la película me parecía un plan de lo más refrescante, justo lo que necesitaba.

Sí, que se destruyera todo, ¡qué podía importarme! Las razones no vienen al caso pero era la noche perfecta para desear cosas terribles. Era eso, o ver chocar en masa los pocos autos y colectivos que bajaban por Corrientes, confundidos por esa especie de bruma que formaba la humedad en el asfalto, los vidrios, las ventanillas. Así que llegué a la puerta del teatro y esperé el ascensor, parada junto a dos viejos que parecían desear exactamente lo mismo que yo. Dos minutos más tarde estábamos en la sala, tratando de elegir el lugar más aislado y mejor ubicado frente a la pantalla, lejos de la gente. Por Dios, podía sacrificar un poco de visión pero era imprescindible estar lejos de la gente.

El público ocupaba en total un cuarto de la sala, pero estaba tan desparramado que fue difícil encontrar una butaca que me permitiera estar sola y tener un pedazo de pantalla despejada enfrente, libre de las malditas cabezas blancas. Al final la encontré y ocupé la butaca como una maniática, con el gesto más hostil que pude, como para desalentar cualquier intento de hacerme compañía. Fuera luces, cortinas, silencio cortado por alguna tos acá y allá, un avance por una ruta oscura y un jazz que te pateaba el estómago, me dispuse a entregarme una vez más a ese ritual que puede ser lo único bueno que me lleve de esta vida.

Antes de entrar completamente en trance, todavía me imaginé por un segundo las gotas gruesas cayendo allá abajo en la calle y pensé que algo bueno podía salir de esa tarde que todavía no terminaba y ya tenía ganas de olvidar. ¡Para qué! Madi Comfort estaba empezando por enésima vez con eso de “No sabés lo que me estás haciendo, me atrapó la telaraña” cuando la

vibración en el bolsillo me sacó de la oscuridad como un piedrazo en la cabeza.

No hacía falta mirar. Yo sabía perfectamente que era él, y que el resto de la película ya no podía volver a ser lo mismo, después de esa llamada que estúpidamente había tratado de esquivar metiéndome en el cine. Él no podía dejarme en paz, dejarme sola. Maldita pelea. Maldito él y maldita la mujer más dócil en la que pretendía convertirme.

En un segundo volví a escuchar el chirrido del subte, los bocinazos en la calle, todo el trayecto que había recorrido con la mente en suspenso, tratando de escapar como una idiota de una presencia que ahora tenía en el bolsillo. Con esa esperanza ridícula que compartimos todos —la de que algo, afuera, pueda acallar ese tumulto interno del que no podemos correr por más que lo deseemos— o porque ya estaba ahí, seguí mirando la pantalla un rato más en el intento por volver a sumergirme. Era imposible. El aire estaba roto para mí. Y la película, una vez más, se me escapaba como una liebre desesperada al costado de la ruta. No tenía sentido seguir ahí.

Sin mucho cuidado, abandoné la fila golpeándoles las rodillas a dos o tres personas y salí, con los chistidos atrás de mi cabeza que llegaron puntuales a reclamarme un trato más civilizado. Irritadísima, atravesé las cortinas, crucé el hall y me hundí en las escaleras.

Bajé uno, dos, varios pisos sin llevar la cuenta, comiéndome los escalones como si esa caída controlada fuera una manera de apropiarme de esa otra caída que en el fondo de mí parecía mil veces más caótica. Estaba oscuro pero no me importaba, conocía bien el lugar y seguí bajando rápido hasta que al doblar un tramo, la cara de una vieja maquillada que me miraba fijo con su jopo de peluquería me cortó la respiración, casi me hizo seguir de largo del escalón que estaba a punto de pisar. No dije nada, solo la miré con pánico y seguí, convencida de que mi expresión era más efectiva que

cualquier puteada destinada a hacerla sentir como la bruja que seguramente era.

Dos pisos más abajo y con el corazón todavía exagerando, el resplandor debajo de una puerta me convenció una vez más de que esa parte del teatro era terreno fértil para toda clase de fantasías. Alguien estaba detrás de esa puerta, eso se hizo evidente enseguida porque un ruido como de un sello pesado al caer salió de adentro de la habitación y me dio ganas de bajar más rápido, corriendo si era preciso. O más bien... quién sabe por qué uno hace las cosas, o por qué las hace cuando las hace. Normalmente hubiera volado escaleras abajo hasta alcanzar la calle, pero ese día me quedé. Bajé solo unos pocos escalones más y me escondí a la vuelta del próximo tramo, en un lugar desde el que podía ver perfectamente la puerta que brillaba pero en el cual —al menos eso creí— nadie podría verme.

Pasaron uno, dos, tres segundos que se hicieron muy largos. Segundos interminables de silencio interrumpido por el bum bum descontrolado adentro de mi pecho. Hasta que muy despacio, el resplandor creció y el crujido de unas bisagras me indicó, incluso antes de verlo, que la puerta se estaba abriendo.

Lo primero que apareció fueron pares de zapatos, masculinos y femeninos. Los de mujer con ese taco bajo que solo usan las viejas, los de hombre con cordones y muy lustrados. Me estiré todo lo que pude sin correr el riesgo de ser vista, y los zapatos se convirtieron en piernas que subían hasta terminar en unas cuantas cabezas, todas blancas. Ahí mismo, mientras salían del cuarto que brillaba, los pude ver, uno por uno, iluminados desde atrás por el rayo del que se alejaban al pasar por debajo de la puerta, para hundirse en la oscuridad.

Primero una vieja de cara casi blanca, empolvada, luciendo una sonrisa conmovida que podía haber enternecido de no ser por la inclinación levemente forzada de la cabeza, que le daba la apariencia de un cadáver mal acomodado en su cajón. Después, un viejo de bigotes amarillentos con la

boca abierta en una carcajada sin sonido, los ojos como platos y la boca una caverna, apenas oculta por los dientes que ya eran marrones. Enseguida, otra señora de brushing altísimo con el ceño fruncido y un dedo huesudo sobre la boca, listo para chistar a quien osara quejarse de no poder ver por la altura de su peinado. Y así, toda una fila de viejos, portando muecas que recorrían el espectro de emociones usuales frente a cualquier película, inició un desfile escaleras arriba con paso mecánico. Cada cual congelado en su gesto como un maniquí, preparándose —eso entendí, y no podía ser de otra manera— para la próxima función.

Si esto se repetía, si esta escena demencial sucedía con frecuencia entre funciones, ¿cómo es que nadie podía verlos? ¿Cómo yo misma no los había visto? Pero no era momento para preguntas: desconcertada y levemente inquieta por no saber qué podía pasar si la fila de viejos descubría mi presencia, esperé hasta que desapareciera el último zapato escaleras arriba y terminé de bajar los pisos que me quedaban lo más rápido posible. Y no volví jamás, ni me di vuelta para mirar la puerta, esa luz atrayente que salía por abajo y que podía darme ganas de volver y arriesgarlo todo con tal de explicar lo inexplicable.

En la planta baja reinaba la normalidad, la gente hacía cola para comprar entradas o miraba unas fotos que se exhibían en el hall. La vendedora de la tienda del teatro hojeaba un libro, aburrida. Nada del otro mundo, nada fuera de lugar. Salvo por un detalle que quizás solo fue una visión perturbadora para mí: una mano anciana, cinco huesos con una capa de piel reseca que apenas alcanzaba a cubrirlos, llenos de anillos, desapareciendo detrás de la puerta del ascensor que terminaba de cerrarse, rumbo al décimo piso.

Me apuré más. En un segundo pisé la vereda y esquivé a todo el que se me cruzó por delante para salir pronto de Corrientes y doblar en una callecita lateral, la más solitaria que encontré, llena de joyerías con las persianas invariablemente bajas, como una sentencia. Recién ahí sentí en el

pelo los puntazos helados de unas gotas que me devolvieron a la realidad, aunque ya no estaba muy segura de lo que era eso. Pero seguí caminando decidida a perderme bajo esa lluvia fría, lo más parecido al alivio que podía esperar por esa noche.

## LA VIDA DE LOS OTROS

El primer día fui llena de aprehensión. Siempre me inquieta un poco ir a una zona de la ciudad a la que nunca fui, guiada por una aplicación en mi teléfono. Entre las muchas opciones para combinar subtes, trenes y colectivos elegí la de ir hasta Plaza Miserere en subte y tomar el 151 que me dejaba más o menos cerca. En la plaza tardé casi veinte minutos en encontrar la parada, entre la confusión de colectivos que se me venían encima, el calor de las cuatro de la tarde y las miradas intimidantes, reales o no, frente a las cuales hacía el esfuerzo de no parecer tonta o demasiado perdida.

De todas formas la aprehensión no era por desconocer el camino, dónde bajarme o con quiénes me iba a encontrar, sino por no saber para qué iba. Vi el flyer de un taller de traducción en internet y a los cinco minutos decidí que lo quería hacer, le escribí a la persona que lo dictaba y le avisé a mi novio que se tendría que quedar a cuidar a nuestro hijo. Todo perfecto. Al otro día recibí un mail con dos poemas que había que traducir para ese encuentro, lo hice sin mayores dificultades, y el viernes estuve lista para salir con mis poemas impresos en la cartera.

Por suerte me bajé bien del colectivo, compré un helado que estaba de oferta en una heladería cara y enseguida llegué al edificio donde se hacía el taller. A la escritora que lo daba no la conocía mucho: la había visto una vez, cuando yo recién empezaba a escribir y ella ya tenía algún libro publicado, llegar a una lectura con un bebé en brazos. Eran los comienzos de mis veinte años y a mí no me entraba en la cabeza que una escritora tuviera un bebé, pero todos le preguntaban amablemente cómo estaban ella y el nene y ella sonreía mucho, así que no debía ser tan raro.

La segunda vez no nos vimos pero cruzamos mails. Yo organizaba un ciclo de lecturas con una amiga y le escribí para invitarla a participar; ella me contestó con mucha amabilidad y demasiadas explicaciones, diciendo que estaba embarazada de nuevo y con mucha angustia, que por eso no se sentía bien como para participar y leer en público. De nuevo, a mis veintipico, no supe qué pensar ni decir a semejante cosa, pero el fondo dramático de todo el asunto, el embarazo quizás no buscado y el hecho de que una mujer embarazada tuviera angustia me perturbaron un poco. No sé qué le habré contestado, quizás alguna frase hecha para consolarla, pero lo que sí recuerdo es que todo el asunto me excedió: porque era demasiada información, y porque yo no tenía nada que decirle a una persona embarazada. Nada que no hubiera escuchado antes, de boca de otros, como las cosas que se dicen en los velorios.

La tercera vez coincidimos en una lectura, las dos como invitadas. Yo la escuché a ella y ella me escuchó a mí, pero no me acuerdo de nada. Sé que también charlamos un poco antes o después de la lectura, y que ella sonreía mucho. Después, por la época en que a mí me tocó tener un hijo, vi fotos de las vacaciones de ella en internet y las miré, una por una. La mezcla de lugares exóticos o prestigiosos con escenas familiares —ellos tomando un café, el nene abrazado con el papá, la nena y la mamá caminando por la calle, todo lo que uno puede hacer cualquier día solo que en las ciudades más icónicas de Europa— me cautivó por alguna razón. O por esa razón que nos hace mirar las fotos de viajes que la gente publica en internet, con una mezcla de interés cultural y cantidades enormes de curiosidad, de ganas de poder imaginarse la vida de los otros.

Con esos pocos encuentros encima, que nos ponían claramente en la categoría de “conocidas”, Alejandra me bajó a abrir ese viernes a las cinco de la tarde. Conversamos un poco camino al ascensor y subimos los nueve pisos sin mirarnos en ese cuadrado demasiado estrecho. Si decidías no mirarte a la cara, de todas formas te veías en los espejos que lo cubrían por

completo, así que ahí estábamos las dos, multiplicadas y corriendo la mirada de acá para allá con tal de ser educadas y evitarnos. Seguro que teníamos ganas de examinarnos después de tantos años, pero no era la forma ni la ocasión.

Enseguida estuve en su departamento, un poco fascinada aunque no podría decir con qué. Ella me presentó a los otros integrantes del taller y después de un rato de charla casual, nos dedicamos a los poemas. Pero yo escuchaba los versos con una parte del cerebro y con la otra registraba todo: los muebles escasos, el piso en perfecto estado, los títulos de la biblioteca, y me preguntaba de quién sería el libro de Félix Luna que aparecía en un estante.

Los otros compañeros del taller eran personas con las que era fácil estar, y me sentí cómoda enseguida. Era imposible sentirse intimidada entre chicos y chicas como yo, que traducían poemas mientras tomaban agua con menta y limón. Cuando fueron las siete, Alejandra bajó a abrirnos a todos y me pareció llamativo que el único alumno varón del taller se quedara en el departamento. Me imaginé que la razón era que no entrábamos todos en el ascensor tan chiquito, con un cartel que decía “Carga máxima 3 personas” (las que bajamos éramos cuatro, pero por suerte todas eran educadas y evitaron la típica charlita de ascensor sobre cuánto pesaba cada una). También pensé, porque para inventar razones siempre tengo tiempo y energía, que quizás él estaba traduciendo algún texto difícil que requería más ayuda de la profesora y por eso se quedaba después de clase.

Todo había salido bien pero la aprehensión no se me pasó hasta la semana siguiente, porque de verdad, yo no sabía para qué había ido a ese taller. Y cuando uno no sabe para qué va, y encima le toca volver a casa un viernes cruzando la capital a la hora pico en colectivos llenos, cansada y muerta de calor, preguntando por todos lados dónde está la parada porque el teléfono no se conecta, bueno, la aprehensión aumenta. Con ese ánimo extraño, transpirada y preguntándome si mi hijo estaría bien, llegué a casa esa

noche, pero después más tranquila me di cuenta de que me había gustado ir, y que todo el asunto había movido un engranaje difícil de identificar que justo por esos días necesitaba ser movido. Uno no sabe para qué hace las cosas pero igual hay que hacerlas.

Unos días después me llegó un mail donde la profesora aclaraba que las dos chicas que yo había conocido no iban a seguir yendo al taller ese mes porque estaban ocupadas, y a continuación proponía la actividad para esa semana: traducir un cuento de *Dublineses* donde un tipo al que llaman “Pequeño Chandler”, empleado de oficina con una vida convencional y una familia que le resulta extraña, se encuentra después de muchos años con un compañero de estudios que hizo de su vida todo lo que él, que había soñado con ser poeta, no se animó a hacer. Durante dos o tres noches traduje hasta donde pude y el viernes, bastante satisfecha con mis avances, elegí un colectivo distinto para ir al taller. Esa vez no tenía que hacer combinaciones y me pude sentar a leer todo el viaje, que se me pasó rapidísimo: a veces esa es toda la gloria que se le puede pedir al final de una semana.

Igual llegué tarde porque como estaba llegando temprano, aproveché para comprarme un helado y tardaron un montón en atenderme. Alejandra me bajó a abrir con una pollera estampada con bastante vuelo y una musculosa de un verde que yo no hubiera podido nombrar, pero imagino que ella sí. La jarra de agua con menta y limón estaba lista sobre la mesa, y el otro compañero había llegado antes que yo. Pero esta vez, al ser tan pocos, la situación se prestó un poco más para la charla previa, y con Alejandra aprovechamos para decirnos un par de cosas que cada una tenía ganas de decirle a la otra, especialmente sobre una persona que nos habíamos dado cuenta de que las dos conocíamos.

—¡Así que la conocés a mi ex cuñada!

Me quedé dura, porque yo justo estaba por decirle “¿Sabés que conozco a tu cuñada?”. Y como no tengo tanto filtro, se lo largué, poniendo al mismo tiempo una cara de extrañeza que me la imagino:

—¿Cómo, ex cuñada?

Enseguida llegó la iluminación y me animé a decir lo que estaba más que claro:

—Ah, no sabía que te habías separado.

—Me separé a principios de este año —dijo Alejandra con una sonrisa. Y señalando al costado: —Ahora estoy con él.

La naturalidad de ella para dar semejante noticia no tuvo repercusión en mí, o quizás la tuvo: por dentro tenía los ojos abiertos como platos y cara de que no lo podía creer, el cerebro reescribiendo a toda velocidad lo que pensaba de la historia. Por fuera debo haber sido bastante más normal, porque desvié la conversación enseguida hacia el punto de “Cómo es que conozco a tu cuñada” y después propuse empezar con el cuento de Joyce. Creo que todo quedó muy prolijo.

Pero la actividad mental era demasiada, con preguntas que era imposible hacer en voz alta: qué pasó, por qué se habrá separado, los hijos dónde están, se habrá alquilado un departamento el ex, cómo puede ser si en ese viaje se veían tan felices, y sobre todo, ¿quién es este tipo?

También pensaba en ella, sola en ese departamento que había compartido con su familia y donde ahora se encontraba con el novio antes de que el ex le llevara de vuelta a los chicos. Me pregunté si habría llorado mucho, si la palidez ya la tenía de antes, si la sonrisa casi permanente sería una especie de defensa. Miré de nuevo todo el departamento y supuse que la escasez de muebles, en lugar de ser estética (minimalista), quizás se debía a que el marido se había llevado algunas cosas para su nueva casa. Me pregunté cómo habría conocido a este tipo que ahora estaba sentado al lado mío traduciendo como un buen alumno. Y sobre todo, si había sido antes o después.

Además, caí en la cuenta de que estaba sola con una pareja, y eso me puso un poco incómoda (cuando yo era chica, a una persona que quedaba sola con una pareja se le decía “perejil”). Toda broma que se hicieran

Alejandra y el alumno, toda tomada de pelo porque a él no le gustaban los gerundios y a ella no le gustaban las libertades excesivas que se tomaba el autor de la traducción que cotejábamos, de repente parecía seducción, coqueteo de enamorados. De enamorados nuevos.

Para volverlo todo un poco más extraño, un bicho negro y enorme se la pasó volando de acá para allá durante las dos horas que duró el taller. Al principio pensé que se trataba de un moscardón, pero algunos vuelos más cercanos me confirmaron que era una avispa. Y aunque por un rato traté de hacer como que no pasaba nada, no soy una persona que pueda seguir una conversación fluidamente mientras una avispa le revolotea alrededor de la cabeza a mi interlocutor, o se posa en el borde del vaso donde me acabo de servir agua con menta.

Enseguida empecé a hacer escándalo, y Alejandra se sumó con toda la fascinación de una escritora entusiasmada cuando lo excepcional se le presenta. Mientras las dos discutíamos sobre la posibilidad de atacar a la avispa o distraerla con el pote de helado vacío que yo había dejado encima de la mesa —Alejandra lo sacó al balcón por sugerencia mía, pero una ráfaga lo volcó a los pocos minutos y eso nos distrajo todavía más—, el compañero-novio se burlaba de ella por tenerle miedo al bicho, y yo, que sin embargo trataba de no meterme en la peleíta de ellos y dejar en claro que lo mío era una discusión aparte, me burlaba de él por no tenerle miedo.

En un momento fui al baño y mientras estaba encerrada haciendo pis, me imaginé que ellos aprovechaban para besarse. Lo que estaba pasando tenía una ambivalencia entre una clase y otra cosa que yo no sabía cómo definir, y por lo tanto, no sabía cómo colocarme. Una vez hace mucho tiempo di un taller y a mitad del año empecé a salir con un alumno, después le dije que no quería verlo más. Él siguió yendo al taller, pero otra alumna que era la única mujer dejó enseguida sin dar explicaciones. Un tercer alumno me dijo que ella estaba molesta conmigo por haberme levantado al compañero que le gustaba. Todo el asunto me irritó un montón, di por terminado el taller, y

a las pocas semanas empecé a salir con el chico que me había contado todo el chismorreó, y fue mi novio por casi dos años.

Cuando la gente se reúne, las cosas simplemente pasan. Esa sesión del taller terminó con nosotras comentando qué fuerte era el final del cuento de Joyce, con el protagonista que sostiene en los brazos a su bebé lloroso sin poder calmarlo, la mujer que vuelve de hacer los mandados y se enoja porque él no es capaz de atender al hijo. Tan realista, y de un realismo que no tiene época (¿en 1900 las parejas con bebés ya eran así?), que yo no hubiera podido apreciar del todo hace unos años.

El compañero no tuvo nada que agregar a esta conversación entre dos madres, que siguió con Alejandra acordándose de una discusión que había presenciado esa mañana en la calle: una pareja paseaba a un bebé, él llevaba el cochecito (mínima concesión, según ella, de los varones a las madres cansadas, para que puedan caminar con los brazos colgando) y la charla giraba alrededor de la posibilidad de dejar al bebé toda la noche para salir ellos dos solos. Él decía que estaba listo para dejarlo y que había entendido que ella también estaba lista, ella retrucaba que no estaba lista y además había entendido que él tampoco quería dejarlo toda la noche, y los reproches se volvían más y más generales. Alejandra terminó la anécdota con esto que ella misma, supongo que desde la experiencia de criar a dos bebés con el ex marido, había pensado al escuchar a esta pareja: “Los vi a ellos y vi todo, vi el futuro”.

Me tomé el resto del agua con menta y limón que quedaba en el vaso y me paré para que Alejandra me bajara a abrir. Esta vez, ya sabía que mi compañero se iba a quedar en el departamento. Y que no era porque el ascensor fuera muy chico.

Ya en la calle, saqué el teléfono y busqué en el mapa la parada del 65. No me abría la página. Caminé unas cuadras para el lado que me dictó el instinto, pasé por una estación de tren llena de enredaderas y me sorprendí de lo lindas que podían ser algunas partes de la ciudad. La hora en que se

empiezan a prender las luces y uno sabe que pronto todos van a relajarse y volver a la casa tiene algo, de mucho cansancio y de esperanza. No encontré la parada, pero le pregunté a una señora super educada que me describió el camino. Anduve por calles que nunca había escuchado nombrar, y una presión en el pecho que no era por el calor me hacía darme cuenta de lo mucho que estaba afectada por esa frase: “Me separé a principios de este año. Ahora estoy con él”.

Todo lo que había en el medio de esas dos oraciones, yo no me lo quería imaginar. Dicho así, la transición sonaba lisa, transparente. Y yo tenía esa angustia que siempre me hace sentir tan infantil, como cuando era chica y pensaba que la peor desgracia sería que se separaran mis padres.

Leí todo el camino de vuelta y llegué a casa concentrada. Mi novio sabe que tarde o temprano le voy a contar lo que estoy pensando cuando me ve tan pensativa, así que no me preguntó nada. Cenamos, hice dormir a nuestro bebé, le dimos instrucciones a la abuela y salimos a tomar el colectivo para ir a un recital. En la parada del 65 le solté toda la anécdota, y ya sentados en el colectivo terminé el relato con mi propia conclusión:

—Boludo, no tenemos chance.

Él se rió, y cambiamos de tema por el resto del viaje. A los quince minutos nos bajamos, casi en la puerta de un local bien under tipo galpón al lado de las vías del tren, donde tocaba la banda de música electrónica con la que nuestros amigos estaban fascinados por ese entonces. Entre charlas y noticias de los últimos días pagamos las entradas y nos fuimos directo a la barra para comprar cerveza. Teníamos la idea de bailar aunque sabíamos que al rato, incluso antes de que empezara a tocar la banda, íbamos a estar bostezando.

## LA CALMA

—Lo que pasa que si yo no te pego un grito, no entendés. Vos no entendés. Hace dos años que te lo estoy diciendo.

—No, pero no es que no entiendo. Lo que pasa que no estoy de acuerdo.

Él hace tiempo que me dice hinchapelotas, así me bautizó. Yo no lo bauticé de ninguna manera todavía, pero tengo guardado un nombre por si la cosa se pone más difícil. Es “inútil”, ¿le molestará? No estoy segura, antes estaba segura de un montón de cosas y ahora me confundo.

Nos peleamos por las mismas cosas que todas las parejas. Somos dos figuritas recortadas por un bebé, así de básico se puso todo. Estereotipos. Yo: “Lavá los platos”, él: “¡Pero si ayer te los lavé!, ¿qué más querés?”. O si no: “Vos no me vas a decir a mí lo que tengo que hacer”, esa es una fija. O dice que los va a lavar pero cuando quiera él, la montaña de platos sucios se amontona en la pileta por dos o tres días y yo tengo miedo de que nos invadan las cucarachas, entonces voy y lavo. La pileta de la cocina es el centro de una disputa que arrastra toda la casa, como un remolino.

Al inodoro lo lavo yo, porque a él le da asco. También cambio las sábanas, cosa que nunca se le ocurre, mando a lavar las frazadas, le paso Cif al microondas o a la heladera, el plumero a los zócalos y atrás del televisor, en los lugares donde se juntan telarañas. Me subo a una escalera para matar una araña que vive en el techo. Compró canastos para poner las papas, las cebollas, una canasta más chica para guardar todas las cosas que quedan tiradas arriba de la mesa. Compró broches para colgar la ropa, tornillos, miro videos para aprender cómo se usa un taladro, encolo el tope del barral de la cortina que se salió, enceró el piso, cambio lamparitas.

Si me mirara como soy ahora con los ojos del pasado, me moriría de la bronca. Estallaría. No estallo porque todo fue de a poco y me fui

acostumbrando, ese debe ser el secreto y creo que ahora estoy en condiciones de entender a todo el mundo. También estoy tratando de tomarlo todo como un experimento: somos ratones en un laboratorio, y el experimento es que yo escribo.

Lo que pasa que a él lo crió una mamá que lo atendió siempre, le hizo todo, y a mí mi mamá, no sé cómo hizo pero me sacó medio feminista. O me saqué yo sola, nunca me gustó verla en ese lugar de estar parada cocinando mientras nosotros comíamos a dos metros, sentados y servidos. Hay un tipo de familia donde las madres se sientan últimas a la mesa y después quedan comiendo solas, antes de levantar los platos que los otros dejaron. Cuando íbamos con mis hermanos a lo de mi abuela, ella me decía “Poné la mesa”, a mis hermanos no, porque yo era la nena.

Como sea, mi mamá y mi papá tenían su pacto (ella le administraba la casa, le usaba la tarjeta, podía decidir si comprar un terreno con los ahorros) y nosotros tenemos el nuestro, que no está muy claro. Trabajamos los dos y yo pretendo que las cosas de la casa se repartan con un poco de equidad, pero no cuento con que él solamente tiene ojos para la comida y alguna cosa más. Eso es verdad, lo de la gente que tiene ojos para algunas cosas y otras no las percibe.

En un tiempo viví con una amiga. Yo tenía plantas y las cuidaba, cuando me iba de viaje le pedía que regara las plantas pero nunca se acordó. Una vez llegué y una planta en una maceta colgante estaba completamente muerta, marrón y reseca. A pesar de que la maceta estaba colocada en un lugar de paso, a la altura de la vista, ella me juró que nunca la había visto en esas semanas que pasé fuera de casa, y yo le tuve que creer. Pienso que eso es posible, que cada uno tenga armado un mundo en su cabeza y sea lo único que percibe.

Eso lo vuelve todo más comprensible y fastidioso a la vez: hay gente que no ve la tierra, hay gente que la ve. A mí me tocó estar en el segundo grupo y por lo tanto, desarrollar cualidades y actitudes para presionar a la gente

del primer grupo con la esperanza de que se conviertan en personas que también ven la tierra, que agarran la escoba para juntarla.

Últimamente también se le dio por decirme que soy tonta, porque ya tenemos más confianza y se ve que muestra cosas que antes prefería ocultar. Si dije algo que él no hubiera dicho delante de los gasistas que vinieron a hacer un arreglo: “Vos sos tonta, sos mujer y se dan cuenta de que no sabés nada, por eso te cobran tan caro”. Si traigo una lata de pintura y un pincel para pintar una lámpara arriba de la mesa, y él como piensa que voy a volcar me ordena que vaya a pintar a otro lado, y yo no le hago caso: “¿Pero qué sos, retardada? ¿No entendés que te estoy diciendo que vayas a otra parte?”. No, pero no es que no entiendo, es que no estoy de acuerdo.

Y se calienta, cómo se calienta. Grita como un sacado. Patea cosas. Lo que tenga a mano, solo que hasta ahora por suerte se cuida de que no sea nada que se rompa de verdad: alguna silla, una caja que está en el piso. Una vez lo vi pegándole trompadas a un colchón, me pareció bastante controlado. Después, cuando le digo que es violento, se pone como loco. Dice que nada que ver. Y cuando le digo que me da miedo porque no sé lo que puede llegar a hacer cuando está tan sacado, me dice que no sea boluda.

Yo me confundí. Antes no me parecía normal que alguien golpee las cosas, me decepcioné mucho cuando le conocí esta parte, pero ahora a veces me encuentro pensando que la bronca se tiene que descargar y mientras no la descargue sobre mí, no pasa nada. No sé si no pasa nada. Esta es una historia de amor, es lo que pasa con el amor cuando la gente comparte la casa y se descubre.

Desde el principio él me gustó porque parecía más bueno que yo, entonces pensé que me podía hacer un poco menos dura. Ahora no estoy ni dura ni blanda, encontré otra manera para esquivar la confrontación. Creo que recorrí, a la velocidad del rayo, el camino que a otras mujeres les lleva veinte años: no le hablo. O mejor dicho, le hablo lo normal, lo mínimo, hoy pasó tal cosa, hoy comemos milanesas, llamó tu mamá, cómo te fue en el

trabajo. Escucho lo que me dice, hago algún comentario, a veces algún chiste. Y después, me encierro. Paso casi todo el día en silencio, como cuando vivía sola. Cuando se da que los dos estamos sin nada que hacer me pongo a hacer cualquier cosa, siempre aparece algo. Lavo los platos para darle la espalda.

Si me preguntan, me gustaría rebobinar hasta ese tiempo cuando creía que él era lo más, el bien encerrado en un cuerpo más alto que el mío. Más vale que no viene bien idealizar, miren lo que pasa, ¿uno se enamora de qué cosas cuando se enamora?

Yo quería ser más buena. Una vez me enamoré de un chico que era papá, tenía una hija que se llamaba igual que yo. Otra vez me enamoré de un chico que era todo lo contrario de ese papá, y más chico que yo. Tenía la juventud que yo necesitaba. Otra vez me enamoré de un chico que se parecía a mi tío, sobre todo cuando estaba de espaldas. Otro novio que tuve también era papá, y otro sabía muchas cosas. Otro era psicólogo y me decía que yo era una exagerada. A todos los fui dejando, uno por uno.

Mi primer novio era compañero en la universidad, andaba en bicicleta. Un día me acompañó a mi casa, cuando llegamos me dijo “Te amo”. A los dos años se sintió confundido, dijo que necesitaba un tiempo. Después cogimos, me dijo “Te amo”. Después desapareció por varios días. Yo siempre fui resolutiva, me moría de angustia. Lo llamé y cuando vino a mi casa le dije, “¿Vos me querés cortar?”. Dijo que sí, me dio las gracias.

Entonces conocí a un fotógrafo que me besó en una placita. Empezamos a salir, mi novio de antes vino y me dijo que quería volver, yo le dije que estaba saliendo con otro y se quiso matar, era una persona que él admiraba. Fue un amor de esos que uno piensa que se va a casar para toda la vida, una pareja que los otros aman. Después me pasó que no quise estar más con él, nunca supe por qué. A él le agarró una enfermedad y yo le dije que no lo quería más, él me dijo por favor quedate hasta que me cure, yo dije que no podía.

En una fiesta bailé con un chico muy alto y un amigo nos dijo, “¡A que no se dan un beso!”. A mí me gustaba un amigo de él, pero estaba muy borracha y nos dimos un beso, después otro más largo. Después fui a buscar al amigo y también le di un beso, le dije cosas incomprensibles, cuando terminó la noche me fui a la casa del primero. Fue un descubrimiento, cómo nos divertimos y gustamos y cogimos. No duró mucho tiempo, yo en esa época quería estar con mucha gente y mucho ruido y que me miraran, no estaba para tener novio. Una noche salimos y nos peleamos, fuimos a la casa de sus padres, nos peleamos, fuimos a su casa, cogimos, nos peleamos, él se largó a llorar sentado en un sillón. Cortamos. Nos fuimos a dormir. Al otro día me preguntó, “¿Qué pasa?”. Si yo le hubiera dicho cualquier cosa linda, otra hubiera sido la historia, pero no tan distinta.

Después me arrepentí, quise volver con él, cogimos unos meses pero nunca tuvo la confianza para volver a ser mi novio. Mi psicóloga me dijo que no lo hiciera más, estaba harta de verme llorar. Un día fui a la casa en bicicleta y le dije que no podía coger más con él, que siempre lo iba a estar esperando.

En un año difícil conocí a un chico todavía más joven, un chico hermoso que también era bueno. Y yo lo enloquecí. Salimos, al mes le dije que lo quería como amigo, después fui al cumpleaños y nos besamos, después nos fuimos a mi casa. Salimos otra vez, después cortamos. Él se hizo un tatuaje que decía “Hay una luz que nunca se apaga”, espero que sea cierto. Después se fue a vivir a otra ciudad, después le dije que lo amaba. Algunas veces fuimos muy felices, él pensó que se casaba conmigo, pensamos el nombre de los hijos. Después le dije por teléfono que me gustaba otra persona. Después me arrepentí, lo fui a buscar en micro. Pasamos días juntos pero me dijo que no podía, después me fue a buscar, cogimos fuerte, se fue a la casa, después me dijo que no podía. No lográbamos terminar de cortar, pero cortamos. Esa vez lloré tanto que casi me desmayo, me daba cuenta de que me había equivocado.

Pasé un verano en Entre Ríos con mi mejor amiga. Lloré un montón. Por primera vez, de verdad me dolió cortar con alguien.

Ese año fue mucho más difícil, salí con el psicólogo perverso. Salí con el buzo. Con un malo y un tonto, dos relaciones totalmente equivocadas de las que salí, quise volver, volví, los dejé o me dejaron.

Después salí con uno que no estaba preparado para el amor, después salí con uno que no quería que le rompieran las pelotas, me dejó de llamar. Después me enamoré de un amigo que vivía con la novia, él también se enamoró de mí, pero se quedó con su señora.

Pensé que el amor no era para mí, ahora también lo pienso. Tengo una amiga lesbiana a la que también le va mal con las chicas, ¿por qué no me enamoré de ella? Siento que la salida está en las mujeres, me hice un mundo exclusivamente femenino: leo escritoras mujeres, poetas mujeres, miro mujeres por la calle y en internet. Películas protagonizadas o dirigidas por mujeres. A veces las mujeres leen poemas escritos por varones y los comentan en sus blogs o en Internet, entonces yo también los leo. Leí un cuento de una mujer que se enamora de un cadáver, encuentra un cadáver en su casa y a la noche sueña que él le ceba mate con un chorro de miel. Leí un libro donde una chica rica cuenta sus problemas, motos de agua, caballos árabes, perros de raza, free shops, todas esas cosas incluyen los problemas de esa chica, y los papás que se pelean. En otro libro una chica cuenta que quiere ser monja, luego quiere ser gorda. Tiene una amiga escritora y el marido de ella le hace una mala crítica.

Leí una biografía donde una chica cuenta que estaba drogada y la violaron, no está segura pero cree que la violaron. Una vez charlando con un novio nos contamos las cosas que más nos daba vergüenza contar, los secretos sexuales: yo le conté la vez que salí con un chico, fuimos a la casa, estábamos cogiendo y de repente sin avisar me la metió en el culo, me lastimó mucho. Dijo “Pensé que te ibas a copar”. Al otro día seguía

sangrando. Él me contó que en una época se le dio por ir de putas. Pagaba, elegía la chica. Pedía que le chuparan la pija.

No sé por qué, pero no veo la hora de ser vieja. Quiero empezar a vivir, desde ya, como una vieja. Ahora entiendo que el estado ideal, a lo que apuntan todas las mujeres, es a ser viudas. No es necesario mover un solo dedo para que suceda, o capaz sí: apenas acercar el salero, llenar un poco más el vaso de vino, comentar lo indignante que es todo, y esperar. Los maridos siempre mueren primero porque los varones no soportan la vida, nosotras sí la soportamos, y después de la vida nos espera el premio: una viudez hermosa, perfectamente calma. Despertarse todos los días, abrir los ojos y sentir el silencio. Ir al baño con la puerta abierta. Ponerse cualquier cosa y empezar el día, no tener que preguntarle a nadie cómo está, no tener que escuchar las opiniones de nadie, ni el noticiero, ni la radio. Ya no tener que fingir más. Recibir las visitas de los nietos, de los hijos, escucharlos y vivirlo todo desde un costado amable, casi secreto. Jugar a la canasta. Cambiar toda la historia, olvidarse de lo malo, hacer que todo sea a nuestro gusto. En la vejez, todas las mujeres se vuelven escritoras. Y llevan al marido muerto, esa historia de amor, en la solapa como una joya totalmente única, algo que lucir y mostrar a los otros. Como un broche.

A veces voy de visita a la casa de mis padres, mi papá aturde con los gritos y la música fuerte. Cuando se va con el auto, mi mamá y yo estamos casi en silencio, hablamos tan bajo que nadie que estuviera cerca podría escucharnos. Ella cose, yo le cebo mate. Pero además, a nadie le podría importar lo que decimos, y lo decimos todo.

A veces viene mi suegra de visita, trae comida, charlamos de las cosas de la casa. Me cuenta anécdotas terribles, nos lamentamos, o me cuenta cosas de su vida y estamos muy tranquilas. Nadie levanta la voz, nadie empuja las cosas, nadie tironea. A veces voy a visitar a una amiga y charlamos en el patio. Es la hora de la siesta, nos decimos secretos. Cuando están solamente las mujeres, la casa está en calma.



## ALEMANIA

Si no se come no es un país. Lo pienso mientras Ana termina de acomodar con esas manos enormes la última cereza sobre el último copo de crema: la torta está lista. Huevos batidos con azúcar, cernidos con harina y cacao, para la masa. Crema batida para rellenar y cerezas mojadas en kirsch, que acá se convirtieron en cerezas al marrasquino desde que fue más fácil conseguir esos frascos en el supermercado. Las últimas cerezas al marrasquino que probé eran casi transparentes, fruta medio deshecha en un jarabe demasiado dulce, pero no digo nada. Estamos en su casa y no quiero arriesgarme a quedar como una maleducada. Al contrario, espero con toda calma, en una posición que no me resulta natural, con las manos plegadas sobre la falda y esa rigidez de una primera visita, frente a la mesa donde ella cocina. El silencio se corta cuando la pava silba: hierve el agua para el té.

Llegué hasta acá porque me di por vencida. Ana es mi vecina desde hace años pero solamente ahora que se está por morir, o que sospecha que se está por morir, a sus ochenta y tantos, empezó el acoso. Primero fueron los golpes estruendosos en la puerta y el pedido de pasar un rato porque no se sentía bien; después, los llamados diarios por teléfono, incluso varias veces por día. Por compasión y por cansancio la hicimos parte de nuestra familia, con toda la incomodidad que nos da el hecho de saber que en realidad no la hubiéramos elegido. No sé si la queremos. Ana es severa, invasiva. Ni ella ni nosotros nos olvidamos de que en tantos años nunca llegamos a desarrollar una amistad. Somos los únicos dos departamentos en el piso pero más allá de eso, no tenemos nada que ver. ¿Y ahora qué tenemos en común? Un diálogo de sordos, literalmente, porque Ana escucha poco y nos

comenta a los gritos las cosas cotidianas sin acusar recibo de nuestra respuesta. Tampoco nos pregunta nada.

Pero estoy acá. Como hace poco fue su cumpleaños, decidí pasar a la acción y hacerle una visita. La idea de que se muera pronto sin que yo la haya visitado me apura como si se tratara de mi propia abuela. Vine un poco para conformarla y otro poco porque las casas de las viejas me llenan de curiosidad. Son una promesa de objetos preciosos y antiquísimos que casi siempre me decepciona, cuando me encuentro con muebles de fórmica o televisores nuevos.

La costumbre me viene de chica; mi abuela tenía un juego de dormitorio muy oscuro, de ropero y una cómoda con espejo. Cada vez que la visitaba yo abría esas puertas y cajones imaginándome que cada enagua era una reliquia, cada collar de perlas falsas, un tesoro de otro tiempo. Hasta su dentadura postiza, que apareció una vez en una cajita nacarada, tenía para mí esa cualidad fantástica: la de hacer que el pasado fuera real, tanto que iba a durar mucho más que los dientes naturales de mi abuela y que mi abuela misma, con ese brillo indiscutible del plástico.

Ajena a lo que yo pueda pensar, concentrada bajo un rodete blanco que le tensa la cara, Ana acaba de poner tazas y una tetera floreada sobre la mesa, después azúcar en terrones y un platito con forma de tetera en miniatura donde depositar los saquitos usados. Le miro la cintura gruesa, las mejillas todavía tensas y coloradas. Sinceramente, no parece muy cerca de la muerte. Le falta esa delgadez final de mi abuela en los últimos meses, que me hizo entender sin dudarle que estaba por morir. Ana es robusta, me da un poco de miedo: la imagino más fuerte que yo, quizás porque le atribuyo a su estado físico toda la fuerza y la insistencia que pone para golpear la puerta de mi casa, para gritarnos por teléfono.

Mucho más delicada es la torta que tengo enfrente pero por alguna razón, preferiría no comerla. Hay que tener confianza para comer con alguien, y yo nunca comí con Ana. Selva Negra. Algo que suena a misterio y peligro,

y sobre todo a error. Una selva caótica y frondosa en el corazón de un país tan medido, algo como vegetación muy primitiva que explota salvaje dentro de una maceta. Pura sobriedad, y en el interior, algo como un infierno. Yo pensé que en Europa no podía haber selvas, tan ordenados son. Pero la Selva Negra es verde y es un bosque. En las fotos que vi parece Bariloche, y me cuesta pensar una razón para que le hayan puesto un nombre tan ominoso. *Silva* en latín es bosque.

—Lo que pasa que vos estás pensando en el presente —me interrumpe Ana. Tenés que imaginarte el lugar tal como yo lo conocí. Mirá, acá tengo una foto. Es de principios de siglo; esta soy yo, y esto que ves atrás es una de las calles de mi pueblo. El camino que entraba a mi pueblo y se convertía en calle. Digo que entraba, pero por ese camino yo salí para meterme en el bosque, una y otra vez, de noche. Y te digo que en la Selva, cuando caía la noche, la oscuridad era completa. Tenés que imaginarte un pasado sin luz eléctrica, una clase de oscuridad que no te permitía verte los pies cuando faltaba la luna. La oscuridad no existe más, pero el bosque era negro y era una selva a la noche, me tenés que creer. Un negro indiferenciado donde se escuchaban los aullidos de los lobos, el crujido de alguna rama bajo los pies de animales invisibles, una piedra que rodaba. Cualquier cosa te daba terror, nada era más peligroso que el resto porque todo era igualmente desconocido. Los rumores decían que las brujas estaban en el bosque, y algunas veces me llegué a preguntar si yo misma no era bruja, porque en la oscuridad me confundía. Una oscuridad así, sé que solamente la conociste en sueños cuando eras chica y la fiebre te daba pesadillas, ¿no que no me equivoco? Veías negro, una superficie interminable de negro sin límites ni forma y unas líneas blancas que bailaban, que se acercaban y se alejaban a toda velocidad. Algo como una lucha.

Como si todo el diálogo anterior no hubiese tenido lugar, Ana sigue con la torta. Agarra un cuchillo enorme y empieza a cortarla con una precisión

que me hace difícil respirar, aunque no tanto como me asustó la foto que me mostró antes. Esa mujer regordeta de mejillas rojas no puede ser Ana, pero ella dice que es. Tiene un traje de época, una pollera amplia y un corset, un tipo de sombrero con borlas que nunca había visto. Tendría que tener más de cien años si fuera cierto pero igual, ¡qué estoy diciendo! ¡Qué importa! Mentir puede mentir cualquiera, pero lo de saber lo que soñaba yo cuando era chica...

Se está haciendo de noche. Odio a la gente que no prende la luz cuando se hace de noche, ¿qué les pasa? ¿Hasta dónde piensan empujar el límite, seguir haciendo las cosas a oscuras, como si no pasara nada? Cada vez más metida en la penumbra de esta cocina que casi no conozco y ya empiezo a olvidar, sigo viendo la torta. La parte de la masa ya casi se pierde, pero la crema blanca mezclada con cerezas brilla todavía. Desprovista de las capas negras que la sostienen y le dan forma, empieza a parecer un sueño.

## LA ROSA DE LAS NIEVES

En la calle Rosales, apenas ayer, mirábamos por la ventana y se abrió el tiempo. Estamos en Bahía y faltan solamente dos meses para que nazca mi bebé; esa señora de ahí es mi mamá, y yo soy la que escribe. Del otro lado de la ventana están las rosas. Primero el pasto adelante de la casa, la calle de tierra, después el pasto de la casa de enfrente y los rosales. De este lado del vidrio nosotras, sentadas en sillones rojos que mi mamá compró hace poco para reemplazar los de algarrobo, que ya no le gustaban más. Por momentos recostadas como divas que se abanicaran o fumaran opio, en batas de seda y pantuflas. Entonces nos empezamos a acordar. Porque yo digo que no me gustan para nada los rosales, que son empalagosos, siempre tratando de ser más rojos y aterciopelados, y ella dice que los de la casa de enfrente en realidad dan flores blancas. Es una variedad que se llama rosa iceberg.

Es un nombre original. O más bien es tentador por todas las imágenes que evoca, pero nada preciso. Iceberg es algo blanco, sí, pero también algo que asoma una punta por encima de la superficie mientras oculta todo lo demás, una parte gigante y pesada donde reside todo su peligro. Al revés de una rosa, que lleva todo su peso allá arriba en flores gordas y cargadas de pétalos, a veces tanto que los tallos se doblan. El color blanco aligera las rosas, les otorga algo de levedad, un poco. Entonces digo rosa de las nieves. Ese tiene que ser el nombre para las rosas blancas, porque son más ligeras y más frías. Una tonalidad más fresca para apagar ese rojo insoportable, como tomar un helado de agua.

La verdad es que rosa de las nieves suena a un personaje de leyenda, un cuento que transcurre en algún lugar blanco. No hay nada rojo en esa inmensidad, solo blanco hasta donde llega la mirada, y en el paisaje de hielo

la rosa perdió todo lo que no fuera su significado más profundo. Al principio del cuento aparece montada en un trineo, hermosa y terrible. Es una criatura salvaje y eso escandaliza. Se llama Rosa pero no tiene pétalos, o sí: su vestido y su capa son de pieles, pedazos arrancados a animales salvajes, de bordes desaparejos, que el viento no deja de agredir. A veces la nevisca es tan fuerte que hay que cerrar los ojos y es como estar metido adentro de una tormenta, confusa y helada. Y desde el fondo de esa nube se ve llegar algo que brilla tenue, que corta lo opaco como un filo. Son los ojos de los lobos que arrastran el trineo y encima está ella, la rosa de las nieves. Ella también tiene ojos de lobo. Si pasara muy cerca, el espectador estremecido podría comprobar que la belleza tiene dientes filosos, y la boca manchada de sangre. No se sabe del todo si es una mujer o un animal salvaje, nunca se la escuchó decir palabra. No se sabe si habla.

Hierve la pava para el mate. Desde su oficina la voz de mi padre grita que nos apuremos porque podemos perder el avión. No tenemos ni idea de la hora que es, o quizás es la hora en la que ya no estoy del todo acá.

Tampoco me convence “rosa de las nieves”. No hay nada liviano en ese nombre, al contrario, tiene una gravedad ineludible. Como la rosa de los vientos, una figura tan sencilla que aparece en los bordes de los mapas, diminuta, y sin embargo ese nombre tan largo le da estatus de reina. Entonces pienso, más sencillamente, en rosa de nieve: es simple y además la brevedad le da velocidad a la idea, la vuelve persuasiva, es algo que no quiere imponerse por su peso (su extensión) sino que prescinde de toda conexión que no sea ese “de”, tan ambiguo (¿es frágil?). De modo que se piensa en rosa, en color rosa, rojo, en elegancia aristocrática, pero inmediatamente viene algo de blanco, más ligero, cae sobre la rosa como copos de nieve para atenuarlo todo. Rosa de nieve. Azúcar impalpable sobre frutillas pintadas con un poco de gelatina para darles brillo.

En realidad es el final, la reina de las nieves que está en el comienzo de esta historia. Porque después nos empezamos a acordar cosas que están

primero, otras historias con rosas y demás especies. La vez que fuimos a artesanía con flores, no: así se llamaba lo que hacían tus compañeras del secundario en la escuela. Eran arreglos florales, tipo canastitas. Nosotras lo que hicimos fue aprender a secar las flores y hacer tarjetas, señaladores, tapas de cuadernos. Es verdad. Vos hiciste un par de cuadritos, con vidrio y todo. Esto fue en la Sociedad de Fomento del barrio Universitario, cuando vivíamos en la calle Córdoba. Vos eras mi mamá. Yo era una nena gordita y te hubiera seguido a todas partes.

Me acuerdo que habías hecho unos cuadritos, los hiciste enmarcar en algarrobo con un vidrio para proteger las flores. La etapa del algarrobo fue lo que vino después de los muebles de caña, de los portamacetas de caña con terminaciones de mimbre, en esa época en que cambiar a una madera más sólida se sentía como una especie de progreso. En realidad las flores siempre había que cubrir las, cuando eran tarjetas de cartulina se tapaban con contact.

Después de pegar los pétalos con cuidado, con la pincita de depilar. Pero con el tiempo las flores que eran violeta se decoloraban y quedaban beige, todo quedaba beige, era espantoso. Sí, tuviste esa etapa de los cuadritos en la pared, de tener esa pared del comedor llena de platitos, ¿te acordás? Había en muchas casas, ahora no tanto. En un platito de cerámica vos habías pintado un manzano, bastante infantil, era una copa verde con bolitas rojas. Otra cosa que hubo en un momento fue un tapiz, bordado en punto cruz. Vos lo empezaste pero después se te fueron las ganas y lo agarré yo, al final lo recortamos y enmarcamos solamente la parte que estaba terminada.

¿Por qué haríamos esas cosas? En el fondo era como que no nos gustaban, bah, vos tenías más paciencia pero yo abandonaba bastante rápido, el que sí terminé fue un cuadro de un paisaje hecho en tela. Había que repasar las líneas con lana nomás, y el resto se rellenaba con lana cortada. Ni sé de dónde sacamos la idea, capaz de una revista. ¡Qué pavada! La lana la cortabas en pedacitos con tijera, después pasabas la cola con un

pincel y se pegaba. Sí me gustó la parte de usar la cola de carpintero, y todas las manualidades que llevaran cola, un pegamento que había que usar con seriedad, no como la plasticola.

¿Te acordás cuando quise aprender a tejer? Ya era más grande y fantaseaba con tener mi propia ropa pero la pasé re mal, hice una bufanda roja que la única característica que tenía era la longitud desmesurada, todo en punto cruz, porque otra cosa más compleja ya me daba fiaca. Y después no la quería usar porque quedó tan larga que me sentía como si me hubieran enyesado el cuello, no terminaba nunca de enrollarla. Nos acordamos y las dos nos reímos, aunque es un poco trágico. Encima me dolió la espalda, un montón, me acuerdo qué dolor de hombros. Se ve que me ponía dura para agarrar las agujas, yo qué sé, en general se dice que tejer relaja.

Vos por lo menos cosiste durante más tiempo, te hiciste cosas. Yo la vez que me propuse aprender a coser, bueno, tuve una racha, me hice el pijama fucsia que todavía lo tengo y unas cosas más. Pero siempre todo equivocada, primero se me dio por empezar con una blusa y un vestido de raso, una tela super resbalosa, me acuerdo lo que era para acomodarla en la máquina, para cortarla, re difícil. Mi profesora de costura me avisó pero yo como siempre no le hice caso. Después como veíamos ese programa en la tele donde decoraban una habitación de una casa se me ocurrió cambiarle todo a mi pieza y elegí una combinación fatal, de lila con celeste. Recontra frío, cuando caía la tarde parecía que era todo gris, me arrepentí enseguida. Sí, y pintaste pero como te costaban mucho las esquinas te quedaron unas partes blancas, lo primero que hicimos cuando te fuiste fue llamar a un pintor y que volviera a dejar todo blanco.

Después me fui a mi primer departamento de alquiler y ahí sí que estuve bien, a la pared más grande la pinté de amarillo y el resto blanco, quedaba lindo, y eso que el departamento era re oscuro. Una sola ventana tenía, y te acordás que no tenía calefactor. El de la inmobiliaria me había dicho que no me iba a hacer falta. Todo el invierno me tuve que sentar a leer al lado de la

cocina, con un ladrillo refractario encima de la hornalla que la verdad no refractaba nada. Esa vez me llevaste al hiper y me compraste todo lo que necesitaba, platos, vasos, sartén, algunas ollas, cosas para el baño y la cocina, todo. Ahora que lo pienso cuando me fui a Buenos Aires también me ayudaste con la mudanza, a conseguir cajas, embalar, me llevaste con el auto hasta la baulera. No sé si te gustaba pero siempre me ayudaste a irme.

Y sí, qué va ser. Este papiro no me gusta mucho a mí sabés, queda medio pelado. Lo eligió tu papá. Sí, qué se yo, te ayudé. Igual estás equivocada, rosa iceberg es más que solamente un nombre como vos pensás, es una rosa que tiene una forma especial, otro tipo de pétalos. Vas a ver cuando vuelvas y estén florecidas.

Porque esa tarde me estoy por tomar un avión para volver a mi casa en Buenos Aires, y allá no me va a quedar más que descalzarme y ponerme a leer una novela (de Elizabeth Gaskell, que no voy a poder terminar), pintar el roperito que compré para la ropa del bebé, tratar de estar sola y tranquila.

¿Por qué será que en estos días antes de parir pienso mucho en mis abuelas muertas? También en cosas blancas y ligeras, ahora que estoy de vuelta en Buenos Aires y es noviembre y hace mucho calor. Hace dos o tres días empezó el calor en serio, de más de treinta grados, y preferí quedarme sola y encerrada en casa. Se me da por andar casi desnuda, tomar cosas frescas con pajita. Mi abuela Dunia siempre contaba el parto de mi papá como lo más traumático que le había pasado en la vida, decía que estuvo cuatro días mi papá para nacer, aunque nadie sabe si es cierto. Al final ella mezcló todo en su cabeza, mi papá la corregía y nos explicaba la cantidad de errores que había en sus relatos. Pero la historia del parto siempre fue más o menos igual: cuatro días en el hospital, con dolores terribles, y decía “Pensaba que mi moiro”, tenía ganas de tirarse abajo de un camión.

La verdad es que ella era muy joven y no sabía demasiadas cosas. Nunca supo leer, no tenía ni siquiera palabras para contar algunas cosas que tenían

que ver con el sexo, así que no es difícil imaginar que haya ido a parir sin saber bien qué le estaba pasando. Debe haber sido feo. Una inmigrante llegada de Ucrania pocos años atrás, que hablaba muy mal el español y tenía problemas para hacerse entender, tirada en una camilla de un hospital de Buenos Aires. Supongo que no le habrán explicado nada, la cuestión es que el nene nació bien pero ella nunca quiso tener otro. Con mi abuela Natalia no me acuerdo de haber hablado de sus partos, en cambio con mi mamá sí. Ahora también me vienen algunas cosas que me dijo en estos días por teléfono, por ejemplo ese sueño donde ella se ahogaba en un agua que no era muy profunda. Y otro donde salía flotando adentro de una burbuja y se alejaba. “Siempre te quisiste ir”, le digo, pero ella me corrige: “No, era una parte de mí que se alejaba”.

Pienso bastante en las cosas livianas y las cosas pesadas. La panza pesa como nunca nada me pesó en la vida, solo sentí un poco de alivio cuando en Bahía fuimos a nadar a una pileta con mi mamá. Tendría que haber buscado la manera de estar cerca del agua. En estos días tengo los pezones oscuros y los labios hinchados; algunas veces mi bebé se mueve adentro mío y me hace doler mucho pero esto es algo que se rompe, tarde o temprano. Romper aguas. O romper la fuente de las aguas, como se dice a veces. La rosa de las nieves.

A mis abuelas les hubiera gustado conocer a mi hijo. Sobre todo a Natalia, mi abuela materna, que algunas veces a lo largo de los años quiso sacarse una foto conmigo y con mi mamá. “Las mujeres de la familia”, decía. O a veces, “las chicas”. Porque después de todo, nosotras somos las mamushkas, aunque nunca lo hablamos. Una de adentro de otra de adentro de otra, yo en estos días volví a pensar en ellas. Pienso en rosas, en pétalos de rosas pero blancos, en tereré. En alivio, en nieve. Me desnudo y me tiro en la cama. Tengo el cuerpo caliente, especialmente la parte del pecho. Después voy a saber que ser madre es un asunto caliente. Soñé que le daba

la teta por primera vez a mi bebé y era muy simple; además, la leche era blanca y muy fría.

Hace un año dejé de escribir este relato, faltaba poco para que naciera mi bebé y sentí que no tenía mucho más para decir. O mejor dicho tuve la necesidad de ir dejándolo todo, andar desnuda, no hablar demasiado, no escribir.

Mi mamá vino de visita y en estos días trabajó mucho preparando comida para festejar el primer cumpleaños de mi hijo. Hicimos más o menos la misma torta que hacemos siempre, con cubierta de chocolate y granas de colores. Yo compré una velita dorada, parece más de Año Nuevo que otra cosa pero igual está bien. Pienso que en los próximos años Junio me va a pedir que le haga las tortas de cumpleaños con decoraciones específicas, y que voy a tener que aprender algunas cosas. También pienso cómo van a ser sus cumpleaños, no me cierra mucho comprar todo lo que se necesita. Me gustaría hacerle banderines de papeles de colores que atraviesen el patio, comprar luces de Navidad para poner en las paredes, en las plantas más grandes. Solo que no tenemos ningún patio, ninguna planta grande. El futuro tiene algunas imágenes brillantes pero ninguna casa todavía.

Y nada fue tan blanco ni tan simple. La leche es blanca pero sale de unos pechos que tienen mucho dolor, la espalda está cansada. Algunas tardes soporté de frente el sol en la terraza para curarme más rápido, otras sostuve a mi bebé en brazos mientras lloraba inconsolable por los cólicos. Después lo cargué por todas partes, subiendo y bajando escaleras, colectivos, trenes, pegado a mí, cada vez más pesado, hasta que se bajó al piso y empezó a caminar. Entonces empezaron las despedidas. Todas las cosas duraron un minuto o algunas páginas, un puñado nada más, como estos cuentos, hechos de un material tan escaso.

MARINA YUSZCZUK (1978) es poeta y Doctora en Letras. Colabora como periodista y crítica de cine en el suplemento *Las12* de *Página12* y la revista *La Agenda*. Publicó los libros de poesía *Lo que la gente hace* (Blatt & Ríos, 2012), *Madre soltera* (Mansalva, 2014), *La ola de frío polar* (Gog y Magog, 2015) y la novela *La inocencia* (Ivan Rosado, 2017).

Yuszczuk, Marina  
Los arreglos / Marina Yuszczuk. - 1a ed.  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires :  
Rosa Iceberg, 2017.  
Libro digital, Amazon Kindle  
Archivo digital: descarga  
ISBN 978-987-46474-2-9

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título.  
CDD A863

Dirección editorial: Emilia Erbetta, Marina Yuszczuk y Tamara Tenenbaum  
Diseño y maquetación: Matías Duarte  
Foto de tapa: Anita Bugni

© Marina Yuszczuk  
© 2017, Rosa Iceberg

Rosa Iceberg, Buenos Aires, Argentina  
rosaicebergeditora@gmail.com

ISBN 978-987-46474-2-9

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,  
sin permiso por escrito del autor y/o editorial.